


# Lista mortífera

clark carrados



DALIA EBERHAND





JIM FOX



CLARK CARRADOS

# LISTA MORTIFERA

**SERVICIO SECRETO n.° 811**
**Publicación semanal**
**Aparece los MIERCOLES**

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
943. — Matar por oro.
En Colección SERVICIO SECRETO:
781. — Diez años después.
En Colección BÚFALO:
641. — Muerte en el ocaso.
En Colección CALIFORNIA:
486. — Ley de hierro.
En Colección COLORADO:
407. — Pierna rota.
En Colección KANSAS:
390. — ¡Que hablen las armas!
En Colección BRAVO OESTE:
251. — Las víboras deben morir.
En Colección PUNTO ROJO:
186. — Campanas de funeral.
En Colección SALVAJE TEXAS:
491. — La mala fama.
En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO
171. — Pasaje para la tumba.
En Colección ARCHIVO SECRETO:
80. — Billetes para la muerte.
En Colección ASES DEL OESTE:
353. — Plata y pólvora.

## CAPÍTULO PRIMERO

El auto rodaba a una marcha normal por la autopista. Una sola persona viajaba en su interior.

Tenía unos treinta y cinco años y era de físico muy agraciado. En el momento actual, Walter Braddalon se sentía sumamente contento.

Una dama, que durante algún tiempo, se había sentido particularmente reacia a aceptar sus galanteos, se había rendido al fin.

Más que el haber conseguido los favores de la dama en cuestión, Braddalon se sentía satisfecho por haber conseguido la victoria. Para él, ningún combate amoroso tenía valor, si antes no había luchado arduamente.

Ahora, después de haber conseguido lo que deseaba, debía enfrentarse con un nuevo problema.

La dama había resistido, cierto, pero él sabía, poseía una larga experiencia sobre el particular, que ahora le acosaría insistentemente. Tendría que contentarla un tiempo y luego deshacerse de ella.

Braddalon silbaba alegremente. Sabía cómo concluir aquel asunto.

Dinero.

Todas acababan en pedir lo mismo. Era la mejor forma de consolarse.

Además y, aunque el hecho no le produjese excesiva satisfacción, debía empezar a cortar aquella vida de casi continuos galanteos.

Iba a casarse. Su prometida no toleraría compartirle con otra mujer.

Jill Oakland se lo había dicho bien claro.

—Te sacaré los ojos si miras a otra mujer, cuando nos hayamos casado.

Braddalon sabía que Jill era muy capaz de hacerlo. Pero Jill poseía una belleza arrebatadora y, lo que era mejor, una saneada fortunita.

Últimamente, los negocios de Braddalon, antaño tan prósperos,

no habían marchado bien. Ciertamente, aún le quedaba un magnífico capital, pero si no tomaba pronto una resolución, en un par de años como máximo, quedaría en la calle.

La boda con Jill lo solucionaría todo: amor y dinero.

¿Qué más podía pedir?

Sí, tenía algunos enemigos. Pero ¿qué importaba eso cuando se contaban treinta y cinco años, un físico de Apolo, una salud a prueba de bomba y unas perspectivas amorosas y financieras inmejorables?

Era preciso sentar la cabeza. ¡Qué diablos, por Jill se podía hacer cualquier cosa!

—¡Viva la vida! —gritó, exultante de alegría.

Y en aquel momento, el volante giró locamente entre sus manos.

Braddalon lanzó un agudo grito de terror.

Pisó el freno a fondo. Era ya tarde.

Perdida la dirección, el coche se salió de la autopista. Rompió estruendosamente una barrera protectora y avanzó dando tumbos por los campos que había junto al camino.

La proa del vehículo chocó contra el poste sustentador de un colosal anuncio. El poste se quebró y el enorme panel cayó hacia adelante, aplastando el techo del automóvil.

Repentinamente, brotó una llamarada. En cuestión de segundos, el coche se convirtió en una inmensa hoguera.

Convertido en una antorcha humana, Braddalon consiguió salir del automóvil. Rodó varias veces sobre sí mismo, mientras emitía unos aullidos desgarradores.

Un automóvil se había detenido al presenciar su accidente. Con gran presencia de ánimo, el conductor sacó una manta del departamento de equipajes y corrió hacia Braddalon.

Arrojándose sobre él, le cubrió con la manta, consiguiendo apagar el fuego antes de que lo consumiese por completo. Su gesto salvó la vida de Braddalon.

Aulló una sirena policial. Varios coches más se habían detenido junto al lugar del siniestro. Un par de hombres, con los extintores individuales de sus coches, trataban de sofocar las llamas.

El conductor que había salvado la vida de Braddalon era una mujer.

Tenía veintitrés años y era muy bonita. Ella misma sufrió algunas

quemaduras en las manos, aunque de poca importancia.

Los policías de la patrulla de caminos la felicitaron por su gesto.

—De no haber sido por usted, ese hombre habría ardido como una antorcha, señorita Eberhand.

Dalia Eberhand asintió con leve sonrisa. Uno de los policías le estaba untando las quemaduras con una pomada protectora.

—Cualquiera otro hubiera hecho lo mismo en mi lugar —dijo—. Lo que no comprendo es —agregó—, cómo pudo perder la dirección tan bruscamente. Su velocidad no era excesiva; apenas pasaba de los setenta kilómetros a la hora.

—¿Lo vio usted, señorita? —preguntó el policía que hacía la información.

—Todo —contestó Dalia.

Y a continuación, empezó a referir lo que había sucedido, desde el momento en que observó el primer zigzagueo del automóvil siniestrado.

El agente tomó nota de las declaraciones de la muchacha y luego la citó para confirmarlas ante el juzgado. La ambulancia, avisada ya por la radio de los motoristas, arrancaba en aquellos momentos.

Días después, movida por un sentimiento compasivo, Dalia fue al hospital donde estaba internado Braddalon, con el fin de enterarse de su estado de salud.

Los médicos no le permitieron la visita. El estado del herido seguía siendo crítico.

—Sanará, desde luego —declaró el doctor Winn, que era quien tenía a Braddalon a su cargo—. Y le deberá a usted la existencia. Pero su vida no será fácil desde ahora.

Dalia se estremeció al conocer la horrible verdad.

—Acabará por sobreponerse —dijo.

—Eso creo yo —convino el médico con una sonrisa.

Días después, cuando el herido estuvo en condiciones de prestar declaración, Jim Fox, teniente de la policía de tráfico, fue al hospital para conocer la opinión de Braddalon.

Fox era un hombre joven, que había visto muchos accidentes en su profesión. Aun así, se estremeció al ver a Braddalon cubierto de vendas como una momia egipcia.

Hasta el rostro estaba cubierto por los vendajes, incluso los ojos. Solo tenía dos aberturas, para la nariz y la boca.

Al lado de la cama del herido había una mujer.

Era alta, esbelta, de formas agresivas, pelo rojo, ojos verdes y labios pulposos, incitantes. Jill Oakland se sabía hermosa y procuraba acentuarlo con una vestimenta adecuada.

Fox se interesó en primer lugar por la salud de Braddalon. Puesto que, según el herido, Jill era su prometida, no tuvo el menor inconveniente en que ella estuviese presente mientras hablaban.

Al cabo de unos momentos, Fox preguntó:

—¿Tenía enemigos, señor Braddalon?

—Sí, algunos. Un hombre de mi posición...

—¿Tan enemigos como para desear su muerte?

El herido pareció sobresaltarse.

—Ninguno quería tan mal a Walter —intervino Jill—. Eran... cosas de negocios, digámoslo de esa manera.

—Es posible que ustedes lo crean así, pero el hecho irrefutable es que alguien aserró uno de los tensores de la barra de conducción.

—De modo que el accidente fue provocado —murmuró el herido.

—Sí, señor Braddalon. Por esa razón me interesaría que usted me dijera de quién sospecha. Se ha intentado cometer un asesinato y nuestro deber es esclarecerlo.

—Lo siento —respondió el herido—. No conozco a nadie que me quiera tan mal.

Fox insistió varias veces. El resultado fue negativo en todas ellas.

Braddalon se mantuvo firme. No conocía a nadie que quisiera matarle.

Jill Oakland le apoyó en todo momento. La hermosa joven sostenía la misma opinión.

La juventud de Fox no le impidió darse cuenta de que ambos le mentían.

—Está bien —suspiró, poniéndose en pie y guardándose las notas —. Si usted, señor Braddalon, dice que no tiene ningún enemigo que desee su muerte, tendré que aceptarlo como bueno. Pero, en su lugar, yo no estaría muy tranquilo. El... la persona que quiso matarlo, podría intentarlo de nuevo.

Sonrió a la joven.

—He tenido mucho gusto en conocerla, señorita Oakland, aunque sea en tan lastimosas circunstancias.

—Muchas gracias, teniente —contestó Jill con una graciosa

inclinación de cabeza.

Fox se marchó, disgustado por no haber conseguido arrancar la verdad a la pareja. En el camino se encontró con una esbelta muchacha, de pelo oscuro, con gafas, que se dirigía al cuarto del herido.

La muchacha llamó a la puerta.

—¿Quién será? —preguntó Braddalon.

—Voy a ver —dijo Jill.

Abrió la puerta. Una expresión hostil se formó inmediatamente en su rostro.

—¿Qué hace usted aquí, señorita Sharrey? —preguntó de mal talante.

—Venía a visitar al señor Braddalon —contestó la muchacha.

—El señor Braddalon mejora lentamente, pero con seguridad. Eso es todo, señorita.

Felicia Sharrey se mordió los labios.

—A pesar de todo —insistió—, deseo verle.

—Y yo no quiero que entre en el cuarto —Jill había cerrado la puerta apenas vio a la muchacha—. ¿Cree que no sé lo que había entre usted y él? ¡Vamos, monina, lárguese; Walter no es para usted... no es para una secretaria pobretona que apenas tiene dónde caerse muerta!

Los ojos de Felicia se llenaron de lágrimas.

—Usted me está insultando —se quejó—. Nuestras relaciones fueron siempre las de patrón y empleado. El señor Braddalon nunca se insinuó...

—No me venga con tonterías —rio Jill agriamente—. Conozco a las fulanas como usted apenas les pongo la vista encima. Modositas y tímidas a primera vista, pero todas ansiando pescar al jefe rico y apuesto. ¡Fuera, zorra!

Ahogándose de indignación, Felicia dio media vuelta y huyó a la carrera, abochornada por los insultos que Jill le había dirigido sin motivo alguno.

Jill entró de nuevo en la habitación.

—¿Quién era? —preguntó el herido.

—Un estúpido periodista —contestó la joven desabridamente—. Le dije que se fuera al cuerno...

—¡Jill! —exclamó Braddalon, atónito.

—Ya sabes que soy franca con todos —respondió ella—. El lenguaje no importa; los hechos son los que interesan. ¡Por nada hubiera consentido que te molestase un tipo que no tiene otra cosa que escribir sandeces para retrasados mentales!

Braddalon calló. Aquel aspecto de su prometida le resultaba desconocido y le hizo reflexionar mucho.

Semanas después, el doctor Winn le quitó los vendajes.

—Ha conservado usted la vista milagrosamente... —dijo.

Braddalon asintió. El doctor Winn tenía las manos a la espalda, cosa que le extrañó bastante.

—¿Y... mis facciones? —preguntó temerosamente.

Winn realizó una profunda inspiración.

—Debe armarse de valor, Braddalon —aconsejó—. Tengo un espejo, pero temo al «shock» que pueda producirle.

Braddalon alargó la mano.

—Deme el espejo, doctor —pidió imperativamente.

Winn se lo entregó. Braddalon se puso el espejo delante de los ojos.

Un rugido de fiera herida, en el paroxismo de su agonía, se escapó inmediatamente de sus labios.

—Me vengaré —bramó—. Me vengaré de esos canallas. Aunque sea lo último que haga en esta vida.

## CAPÍTULO II

Cuatro semanas después, Jim Fox recibió la visita de Jill Oakland en su despacho.

La joven vestía un traje de seda gris acero, que se ajustaba a su cuerpo opulento como una segunda epidermis. El escote, exageradísimo, estaba cubierto moderadamente con una suntuosa estela de visón.

Jill se sentó frente al oficial, cruzó las piernas, sin importarle mucho la cortedad de la falda, abrió un lujoso bolso de piel de cocodrilo, con sus iniciales en oro, y sacó una pitillera del mismo metal.

—Teniente —dijo tras la primera bocanada de humo—, vengo a denunciarle la desaparición de mi prometido.

—Eso no me compete a mí, señorita Oakland —respondió Fox—. Yo solo soy un policía de tráfico que...

—Pero usted intervino en el accidente —alegó ella.

—Es cierto.

—Y la policía de carreteras depende del Estado.

Fox sonrió.

—Desde luego. Sin embargo...

—Teniente —le interrumpió ella—, ¿sabe usted cómo quedó la cara de mi prometido después del accidente?

—Me lo imagino —respondió el joven llanamente.

—Era un hombre muy guapo —alabó Jill, con un suspiro que hinchó su opulento seno—. Y temo que el verse reducido al estado de un monstruo, haya podido perturbar su razón.

—Pero no veo qué puedo hacer yo —adujo Fox—. Las desapariciones de personas competen a otro departamento...

—Teniente, ¿no sabe que Walter prometió vengarse de quienes provocaron el accidente?

—¿Cómo lo sabe usted?

—Me lo dijo el doctor Winn. Estaba presente cuando Walter se contempló en el espejo por primera vez y dice que sufrió un «shock» terrible. Walter profirió unas palabrotas espantosas.

—Ustedes dos se negaron a decirme quiénes podían ser

sospechosos en el presente caso —manifestó Fox en tono cortante—. Le pregunté si tenía enemigos y él me contestó que ninguno que pudiera desear su muerte. Si mal no recuerdo, sus respuestas, señorita Oakland, concordaron con las de su prometido.

Jill bajó los ojos pudorosamente.

—Y sigo opinando lo mismo, teniente —murmuró—. Pero Walter ha podido cambiar de opinión. Su cara quedó horriblemente deformada por las quemaduras... Yo lo vi una vez, pero no por ello dejo de amarle. No es el cuerpo lo que importa, sino su espíritu.

Hizo una pausa y, con acento implorante, agregó:

—Búsquelo, teniente, por el amor de Dios, antes de que cometa una barbaridad.

Fox meneó la cabeza de mala gana.

—Haré lo que pueda, pero no le garantizo nada. ¿No tiene usted alguna idea de dónde ha podido esconderse?

—En absoluto, teniente.

—Y, ¿cuáles son esos supuestos enemigos de los cuales pretendían vengarse?

—En primer lugar, una tal Felicia Sharrey. Era secretaria personal suya. Es una chica mona, que sin duda se creyó lo que no había. Walter era muy guapo y tenía un éxito fenomenal con las mujeres, ¿sabe?

Fox contuvo una sonrisa, mientras anotaba la dirección de Felicia.

—¿Quién más? —preguntó a continuación.

—Hoffy Boulthom, director ejecutivo de sus empresas. En cierta ocasión, Walter me dijo que sospechaba que Boulthom estaba maniobrando para apoderarse del control de sus negocios. Es posible que Boulthom se enterase de las sospechas de mi prometido y tratase de quitárselo de en medio.

—¿Alguno más?

—Tony Rances.

—¿Quién es ese?

—El ayudante personal de Boulthom. Por los mismos motivos.

Fox seguía tomando notas.

—¿Se olvida de alguien?

Jill se removió inquieta en el asiento.

—Queda uno, pero...

—Pero, ¿qué?

—Es que ese era enemigo por motivos personales.

—¿Qué clase de motivos?

Jill bajó los ojos de nuevo.

—Armin Hollister y yo… Bueno, parecía que íbamos a casarnos, pero Walter me conquistó y… Armin juró que le destrozaría la cara un día. Era terriblemente celoso y no pudo soportar que yo le dejase por Walter.

Fox pensó: «Las tonterías que uno debe aguantar de los contribuyentes».

—¿Eso es todo, señorita Oakland?

—Todo. Si hay algún enemigo más, yo no lo conozco o bien Walter no me lo mencionó.

—Está bien. Haremos lo que podamos, pero no puedo garantizarle nada. En primer lugar, lo que nos interesa es encontrar a su prometido…

—¿Y si él se ha escondido para consumar mejor su venganza? Oh, teniente Fox, por nada del mundo querría yo que Walter cometiese una salvajada. Le amo por él mismo, guapo o feo, rico o pobre… y no quiero que haga nada malo.

—Trataremos de evitarlo —dijo Fox sin demasiada convicción.

Jill se puso en pie y le dedicó una sonrisa.

—Gracias, teniente. Sé que usted encontrará a Walter. Cuando le vea, dígale que vuelva a mí, que no me importa nada de lo que haya podido pasar, que desista de su venganza… ¿Ha comprendido?

—Perfectamente, señorita Oakland.

Jill se marchó, dejando tras sí una espesa estela de perfume.

El sargento Teller, ayudante del joven, entró, moviendo los brazos como aspas.

—¡Uf! ¡Vaya peste que ha dejado esa prójima! —exclamó pintorescamente.

—Si la señorita Oakland oyera un comentario tan poco respetuoso hacia el «Chanel número cinco», le sacaría los ojos seguramente, Teller —sonrió el joven.

—¿A qué ha venido?

—A denunciar la desaparición de su prometido —contestó Fox sumamente pensativo.

Había algo en el fondo de aquel asunto que no acababa de

convencerle del todo.

Tenía la impresión de que Jill no había sido totalmente veraz. ¿Qué le ocultaba?

Al cabo de unos momentos, dio ciertas órdenes al sargento. Luego, cogió su sombrero, abandonó la oficina y salió a la calle.

El coche le condujo hasta la casa donde vivía Felicia Sharrey. Al llamar a la puerta, Fox sufrió una fuerte impresión.

—¡Señorita Eberhand! —exclamó.

—Teniente —dijo la muchacha, no menos sorprendida.

—¿Vive usted aquí ahora?

—En efecto. Me cambié hace pocos días —manifestó Dalia—. Pero creo que ya declaré todo cuanto sabía.

—Así es —reconoció el joven—. Sin embargo, no he venido a visitarla a usted —desvió la vista y miró de nuevo el número del apartamiento—. Pues sí, es aquí —dijo, desconcertado.

—¿Qué es lo que busca? —preguntó Dalia, intrigada.

—A una tal Felicia Sharrey. Me dijeron que vive aquí.

—Y así es, teniente. Felicia y yo compartimos el piso. Pero entre, por favor, no se quede en la puerta. ¿Qué le ocurre a Felicia?

Fox apretó los labios.

—Perdón, pero es un asunto personal. Si no le importa.

—Oh, por supuesto. Excúseme un momento, teniente, iré a llamarla.

Dalia se alejó por una puerta situada al fondo. Momentos después, Felicia Sharrey aparecía ante los ojos del joven.

—Señorita —dijo Fox—, créame que lamento lo que voy a decirle, pero le ruego comprenda lo hago en cumplimiento de mi deber.

—Desde luego —respondió la muchacha mansamente—. Siéntese, por favor. ¿Quiere tomar algo? —invitó.

—Muchas gracias —respondió él—. Fumaré tan solo.

Se dio cuenta de que unas cortinas se agitaban ligeramente al fondo y contuvo una sonrisa. «La curiosidad femenina», pensó.

—Señorita Sharrey —habló de nuevo—, usted ya sabe las consecuencias del terrible accidente que sufrió Walter Braddalon.

—Por supuesto —el pecho de Felicia se agitó fuertemente—. Tengo entendido que su rostro quedó muy desfigurado.

—¿Le vio usted sin vendas?

—No... no tuve ocasión.

—¿Por qué?

—Su prometida me prohibió visitarle.

—Alguna razón tendría, digo yo.

—Me insultó terriblemente la única vez que fui al hospital. Dijo cosas espantosas de mí... cosas que son infundadas, se lo aseguro.

—La creo —dijo Fox por cortesía. No convenía precipitarse en formar un juicio acerca de la muchacha, aunque le parecía buena y honesta. Pero en su oficio era preciso desconfiar de las apariencias —. ¿Sabe dónde está ahora el señor Braddalon? —preguntó.

—No, en absoluto.

—¿Sigue trabajando en el mismo puesto?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con el señor Boulthom, director ejecutivo.

—¿Ha dicho Boulthom algo acerca del paradero de Braddalon?

—No. Está preocupado, sin embargo.

—¿Acaso teme que Braddalon le cause algún daño?

—No lo sé. Yo creo que su preocupación se debe a la falta de noticias del señor Braddalon.

—Pero Boulthom sabe que Braddalon puede tratar de vengarse de él.

—Lo ignoro, teniente.

—¿Sabía usted que el accidente de automóvil fue provocado?

—Sí.

—¿Quién se lo dijo?

—El señor Boulthom lo comentó con el señor Rances, delante de mí, en el despacho.

—Según la señorita Oakland, usted estaba despechada porque Braddalon no había hecho caso de sus insinuaciones.

—¡Eso es una miserable calumnia! —exclamó Felicia, con los ojos anegados en lágrimas—. Un infundio que...

La chica se ahogaba y no pudo continuar.

—Lo siento —se excusó Fox—. No era mi intención molestarla; solamente repetía lo que dijo la prometida de Braddalon.

Dalia Eberhand salió de pronto tras la cortina en que se había ocultado. Su rostro estaba inflamado por la indignación.

—Esa no es manera de comportarse, teniente —expresó

duramente.

—Un hombre ha desaparecido, profiriendo amenazas de muerte contra varias personas —replicó el joven con sequedad—. Mi obligación es investigar cuanto me sea posible, a fin de que no se cometa un crimen.

—No conozco a Felicia demasiado, pero la creo incapaz de insinuarse a ningún hombre, por muy alto o muy rico que sea —afirmó Dalia—. Por lo tanto, es inútil sospechar de Felicia como autora de ese desperfecto en el automóvil de Braddalon.

Fox sonrió.

—La señorita Sharrey debe congratularse de tener una defensora tan ardiente de su verdad —comentó.

—Desde luego —afirmó Dalia.

Fox la contempló unos segundos. Dalia era una muchacha alta, esbelta, de pelo claro y ojos grises, boca de trazos enérgicos y aire resuelto. No solo su actitud, sino su aspecto, agradaron al oficial de policía.

—Muy bien —dijo, poniéndose en pie—. Lamento haber causado este disgusto a su amiga, pero conste que lo hice sin mala intención. La mala intención, está en las imputaciones de Jill Oakland.

—¿Usted las cree? —preguntó Dalia.

—Repito lo que ella me dijo —contestó Fox evasivamente.

—Sí, claro.

Felicia se limpió los ojos con un pañuelito.

—Lo que interesaría es hallar al señor Braddalon cuanto antes y convencerle de que olvide sus propósitos de venganza —dijo.

—Créame que haremos cuanto esté en nuestras manos para conseguirlo —prometió el joven, despidiéndose acto seguido.

Walter Braddalon había desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra.

Jim Fox visitó a todos los posibles sospechosos y les interrogó concienzudamente, pero fue en vano. No pudo probar que ninguno de ellos hubiese sido el autor de la avería que había provocado el accidente.

El tiempo pasó y, como otros hechos sin solución, aquel fue olvidándose poco a poco. Fox acabó por desinteresarse del asunto; bastante tenía con dirigir su sección de tráfico.

Transcurrió año y medio…

## CAPÍTULO III

Dieciocho meses después, Fox estaba inspeccionando el tramo de una carretera que pertenecía a su sección cuando, de pronto, pasó un automóvil lanzado a una velocidad exorbitante.

Fox había ido acompañado de su ayudante, el sargento Teller. Entró en el coche y ordenó:

—¡Siga a ese loco, Max!

El sargento puso en marcha el auto inmediatamente. Conectó la sirena y pisó el acelerador a fondo.

El coche perseguido se divisaba a lo lejos entre la penumbra del crepúsculo, que cedía rápidamente a la noche. Teller encendió los faros y aumentó la velocidad.

—¡Diablos! —masculló el buen sargento—. ¿Tendremos que arrestarle, como lo hizo aquel policía del chiste, por volar demasiado bajo?

Fox rio entre dientes. Teller tenía razón.

La aguja marcaba ciento treinta kilómetros a la hora y la distancia no daba señales de disminuir.

Teller subió a ciento cincuenta. Al oír el aullido de la sirena, los demás conductores se apartaban prudentemente a un lado del coche.

El automovilista perseguido se dio cuenta de que acabaría por ser alcanzado y empezó a reducir la velocidad. Momentos después, Teller maniobraba para cortarle el paso, obligándole a arrimarse a la cuneta.

Tratábase de un coche deportivo europeo, capaz de alcanzar los doscientos cuarenta kilómetros a la hora. Fox se dijo que, si el conductor hubiese querido, no habrían podido detenerle.

Abrió la portezuela y saltó al suelo, dirigiéndose hacia el otro vehículo. Entonces, una voz fresca y agradable salió de su interior.

—¡Caramba! ¡Pero si es el teniente Fox! ¡Cuánto tiempo hace que no nos veíamos! ¿No es verdad?

Fox se quedó parado en un principio. Luego, agachándose, miró a Jill Oakland con expresión irritada.

—¿Se da cuenta de que ha cometido una violación del tráfico,

señorita Oakland? ¡Iba a ciento cincuenta por hora! El menor fallo podía haberle costado la vida.

—Lo siento, teniente —contestó Jill, con cara de no sentirlo en absoluto—. Es un coche nuevo y se me fue el pie sin darme cuenta. No me perdone, se lo ruego; póngame una multa bien gorda, para que no lo vuelva a repetir más.

—No son momentos estos de bromear, señorita —dijo Fox severamente—. ¿Tanta prisa tenía usted en... llegar adonde fuera?

—En cierto modo, sí, teniente. Iba a mi fiesta de compromiso.

El sargento estaba tomando nota de la matrícula del auto en su bloc de citaciones. Arrancó la hoja y se la entregó a la joven.

—Tome usted, señorita. Dentro de cuarenta y ocho horas deberá presentarse ante el tribunal de tráfico para responder de esta falta.

—Gracias —sonrió Jill. Miró al joven—. ¿Cómo es que un oficial de policía anda vigilando la carretera como un simple agente?

—Estaba realizando una inspección, simplemente.

—Ha sido una curiosa coincidencia —contestó Jill.

—Desde luego. Así que se va a casar —dijo Fox—. ¿Quién es el afortunado?

—Armin Hollister, teniente.

—Yo creía que usted amaba a Braddalon.

Jill se encogió de hombros.

—Hace año y medio que desapareció. Soy joven y tengo derecho a la vida, ¿no cree?

—Por supuesto. Permítame que la felicite y...

—¿Por qué no repite la felicitación en mi casa? Vamos, hombre, le invito a la fiesta. ¿O es tan duro su trabajo que no puede abandonarlo? —dijo Jill, sonriendo incitantemente.

Fox se sintió como picado por una especie de gusanillo al oír las palabras de la joven. En realidad, ya había terminado su trabajo y, de no haber sido por el oportuno encuentro con Jill, Teller y él se habrían retirado a casa.

—No se fía de mí, ¿eh? —rio la joven, retirándose al asiento contiguo.

Fox se volvió hacia Teller.

—Puede retirarse, sargento. Le veré mañana en el despacho.

—Muy bien, señor.

Fox abrió la portezuela y se sentó ante el volante, lanzando un

suspiro al observar el lujo del vehículo. Dio gas y el auto arrancó.

—Yo creía que usted y Hollister habían terminado —observó, al cabo de unos segundos.

—Bien, usted ya sabe que él y yo estuvimos a punto de casarnos en una ocasión. Cuando desapareció el pobre Walter, Hollister insistió… insistió e insistió… hasta que rindió la plaza.

—Se comprende. En su lugar yo habría hecho lo mismo —dijo Fox galantemente.

Jill rio argentinamente. Luego, los dos iniciaron una conversación sin más trascendencia, que terminó diez minutos después, cuando ella le indicó que virase a su izquierda.

Fox metió el coche por un camino bordeado de álamos. Al fondo, se divisaban numerosas luces.

Doscientos metros más adelante, desembocaron en una vasta explanada donde había numerosos automóviles aparcados. Del otro lado de la casa, lujosa y de traza muy moderna, llegaba rumor de risas, voces alegres y música.

Apenas se habían apeado, un hombre salió presurosamente al encuentro de la joven.

—¡Jill! —exclamó ansiosamente—. ¿Dónde te has metido? ¡Eres la protagonista de la fiesta y precisamente has sido la última en llegar!

—Me retrasé un poco en el peluquero —explicó ella—. Luego, como corría demasiado, el buen teniente Fox de la policía de tráfico, me detuvo y me impuso una fuerte sanción.

—Creo que ya nos conocemos —dijo Fox, sonriendo al individuo, un tipo joven y apuesto, vestido con gran elegancia.

—En efecto —respondió Armin Hollister—. Hace tiempo estuvo usted interrogándome a consecuencia de cierto desagradable accidente, del cual llegó a considerárseme sospechoso.

Fox estuvo a punto de decirle que no era él quien le había considerado sospechoso, sino precisamente la mujer con la cual se iba a casar, pero supo contenerse.

—No me lo tome en cuenta —rogó.

—Claro —Hollister agarró posesivamente el desnudo brazo de la joven—. Vamos para adentro, Jill.

—Espera un instante, Armin —pidió ella—. Olvidaba un maletín que traje conmigo. Está en el asiento posterior.

Hollister se agachó y metió medio cuerpo dentro, retirando el maletín al cabo. Con él en la mano y en la otra el brazo de Jill, se encaminó hacia la casa.

—Entre, teniente —gritó la muchacha—. Diviértase y olvide por unos momentos la profesión. Luego le dejaré que me invite a una copa.

Fox meneó la cabeza. «Lo que hace el tener dinero en abundancia», pensó con melancólica filosofía.

Las puertas de la mansión estaban abiertas de par en par. Varias doncellas uniformadas, iban y venían continuamente con bandejas llenas de copas.

Atravesó la casa. Al otro lado, había un gran jardín, con piscina, brillantemente iluminado. Una excelente orquesta interpretaba piezas continuamente para diversión de los numerosos invitados a la fiesta.

Reinaba una gran animación. Una doncella le puso delante una bandeja y Fox, comprendiendo que no debía hacer un papel desairado, tomó una copa.

La doncella se retiró. Entonces brilló un vivo fogonazo a cuatro pasos del joven.

—¡Le pesqué! —sonó una voz alegre—. Mañana enviaré la foto a su jefe, si no me paga cinco mil dólares. ¡Un teniente de policía bebiendo en público!

Enormemente asombrado, Fox divisó a Dalia Eberhand, con una enorme cámara pendiente del cuello. La muchacha vestía un elegante traje de noche, pero el hecho de que se dedicase a obtener fotografías desconcertó no poco al policía.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

—Esta fiesta es un acontecimiento social muy importante —respondió Dalia—. Mi jefe me envió a tomar fotografías. Pertenezco a la redacción del Play Society Magazine. ¿No lo sabía usted?

—Es la primera noticia que tengo de ello —respondió Fox.

—Usted tampoco me preguntó nunca por mi profesión,

—Es que no era para mí ninguna sospechosa. Al contrario, una heroína. Salvó la vida de un hombre, ¿no lo recuerda?

—Desde luego —Dalia perdió la sonrisa un instante—. ¡Pobre Braddalon! ¿No se ha vuelto a saber nada de él?

—Nada. Y su prometida, ya ve usted, se va a casar con el que era

su principal competidor.

—Así es la vida —dijo ella filosóficamente.

—¿Qué sabe de Felicia Sharrey?

—Bien. Trabaja en el mismo sitio y continuamos viviendo juntas. Es una buena chica, teniente, se lo aseguro.

—¿No ha tenido ella noticias de Braddalon?

—¿Y por qué había de tenerlas? Era una simple secretaria de un hombre poderoso.

—Sí, claro —Fox tomó un sorbo de su copa—. Esto está muy animado, señorita Eberhand.

—Sí —convino ella—. Pero llámeme Dalia; el otro tratamiento parece muy convencional. Ah, mire, aquí viene la reina de la fiesta.

Jill Oakland se acercaba en aquel momento. Vestía un suntuoso y extraño traje de tejido de oro, con un audaz escote, que dividía en dos el busto y que llegaba casi hasta el estómago. La parte posterior era aún más larga.

A la altura de las caderas, el vestido se ensanchaba en una especie de ridícula faldita, y luego seguía, transformado en unos pantalones del mismo tejido, sumamente ajustados a sus esbeltas piernas. Los zapatos, de altísimo tacón, hacían juego con el vestido.

Dalia entregó al joven una fotografía.

—Tome, no quiero hacerle chantaje —exclamó.

Fox contempló con asombro la imagen.

—Es instantánea —dijo.

—Claro. Me va muy bien este tipo de película para fiestas semejantes a esta. Bien, parece que la reina viene a verle. Diviértase.

Dalia se alejó, justo a tiempo de ver llegar a Jill. La joven se colgó del brazo de Fox y le miró sonriente.

—¿Qué le parece mi fiesta?

—Muy animada —contestó él—. Pero usted es lo mejor de todo.

—Cuidado —le amenazó ella—. Que no le oiga Armin. Es muy celoso.

—Ya lo sé —sonrió Fox—. Por mi parte, sin embargo, puede estar tranquilo.

—Eso no es muy halagador para mí —se quejó ella en broma.

—Como hombre encargado de hacer cumplir las leyes, procuro no invadir jamás las propiedades de los demás.

Jill rio alegremente. Fox siguió hablando:

—Lo que sí veo es que ha invitado usted a algunos de los que me señaló tiempo atrás como sospechosos —dijo.

Jill volvió la vista a un lado. A diez pasos de ellos, Hoffy Boulthom charlaba animadamente con una pareja.

Boulthom era un hombre alto y corpulento, que rondaba ya el medio siglo, aunque, no obstante, se conservaba muy bien todavía. A pesar de la alegría que parecía demostrar, Fox se percató de que dirigía frecuentes y aprensivas miradas hacia un punto del jardín, situado algo más lejos del lugar en que se hallaba.

Fox lo conocía de cuando lo interrogó tiempo atrás en relación con el accidente sufrido por Braddalon. Siguiendo la dirección de las miradas de Boulthom, divisó a una pareja charlando en un sitio algo apartado de los demás.

Ella era una mujer madura, pero aún muy atractiva. Su compañero era Tony Rances, otro de los altos cargos de la empresa que había pertenecido a Braddalon. Rances era bastante más joven y apuesto que Boulthom.

—¿Quién es la dama que está con Rances? —preguntó el joven curiosamente.

—¿No la conocía usted? Es Joan Boulthom, la esposa del hoy propietario de las empresas Braddalon —Jill bajó la voz—. Tenga cuidado; es muy peligrosa.

—¿Más que usted? —preguntó Fox intencionadamente.

Jill se echó a reír.

—A mí me van a retirar de la circulación uno de estos días —exclamó—. Ah, ahí veo a un amigo. Hasta luego.

Jill quedó un buen rato en el mismo sitio, contemplando cómo se desarrollaba la fiesta. El alcohol empezaba a surtir sus efectos en alguno de los invitados y el joven pensó que aquella noche, sus patrullas tendrían ocasión de intervenir y no para nada agradable.

Cuando estaba más enfrascado en sus pensamientos, un sonido, claro y vibrante, se dejó oír por encima de los sones de la música.

Era el sonido producido por un arma de fuego al ser disparada.

## CAPÍTULO IV

Otro disparo sonó a renglón seguido del anterior. Una mujer chilló agudamente.

El tercer disparo se produjo con un segundo de intervalo con respecto a los dos anteriores. Luego, la misma mujer volvió a chillar en el interior de la casa.

Se armó inmediatamente un tremendo alboroto. Fox reaccionó rápidamente y se abrió paso a viva fuerza, lanzándose hacia el lugar donde habían sonado los disparos.

Casi se tropezó con Dalia. Agarró a la muchacha por un brazo, mirándola a los ojos.

Dalia tenía el rostro blanco como la nieve.

—Ahí, dentro… —indicó—. Está… muerto.

—Quédese aquí —ordenó él.

Cruzó el umbral y casi en el acto, divisó el cuerpo sangrante de un hombre tendido en el suelo.

Se inclinó y le tomó el pulso. El corazón ya no latía.

Fox se incorporó, mirando en torno suyo. El olor de la pólvora deflagrada era aún perceptible.

De pronto, recordó que habían sonado tres disparos. El muerto tenía dos balazos solamente.

Alguien se abrió paso entre el tropel de gente que se apelotonaba en la puerta.

—¡Dios mío! —exclamó Boulthom—. ¡Es Tony!

Detrás de Boulthom sonó un ahogado gemido. Una mujer se desmayó en el acto.

—¡Hoffy! —gritó uno de los presentes—. ¡Tu esposa se ha desmayado!

Boulthom soltó una espantosa palabrota. Giró sobre sus talones y se encaminó hacia el grupo.

—Ayúdenme a llevarla de aquí —dijo.

Hollister penetró en aquel instante.

—¡Cielos! ¡Tony Rances! —exclamó—. ¿Quién le ha matado? ¡Pero si es el teniente Fox! —dijo, al reconocer al policía—. ¿Qué hace usted aquí?

Fox no quería hacer ninguna pregunta de momento. Le interesaba conocer las reacciones de la gente.

—Su prometida me invitó —contestó el joven con sorna—. Soy policía, hay un cadáver… ¿Necesita más respuesta?

Hollister se envaró.

—Ya sé que estaba invitado —dijo—. Solamente me refería al hecho de que se encontrase en este dormitorio.

—Pues, como sonaron unos tiros, vine a ver qué pasaba —manifestó Fox sonriente—. Y, ya ve qué casualidad, hay un hombre muerto…

Jill irrumpió en aquel momento, pálida y despeinada.

—¡Teniente! ¿Qué ha…? —se interrumpió unos segundos al ver el cuerpo inerte de Rances—. ¡Es Tony!

—Así es, señorita Oakland —confirmó el joven. Vio que Jill se sentía muy mal y dijo—: Por favor, llévesela, señor Hollister.

—Claro, teniente —accedió el aludido. Enlazó el talle de Jill, que parecía a punto de desfallecer, y la sacó del cuarto.

Fox se dirigió a los curiosos que estaban en la puerta.

—Por favor —dijo—, uno de ustedes, que haga el favor de avisar a la policía. Los demás, aléjense de aquí.

Los invitados se marcharon, efectuando comentarios en voz baja. Fox se disponía a cerrar la puerta que daba a la terraza, cuando, de pronto, Dalia penetró en la estancia.

—Un momento, Jim —dijo.

Fox terminó de cerrar la puerta y se enfrontó con la muchacha.

—¿Estaba usted presente cuando se cometió el crimen? —preguntó.

—Casi —respondió ella.

—Explíquese, por favor.

Dalia le miró fijamente un segundo.

—Voy a darle una sorpresa, Jim, pero antes déjeme explicarle lo que vi —habló la muchacha—. Hace unos momentos se me desprendió una presilla en… bueno, no importa, debajo del traje de noche. Tenía que ajustármela, así que busqué un lugar retirado. Si se ha fijado, verá que este cuarto se encuentra en el extremo más alejado de la casa, haciendo esquina con relación a la explanada delantera.

—Cierto. Siga, Dalia.

—Bien. Como digo, pensé que este cuarto era el más indicado para mi problema. En el momento en que abría la puerta, sonaron dos disparos. Fíjese bien: abría la puerta y sonaban los tiros. Para proteger la cámara, empleé la mano izquierda. Manejé el picaporte y luego di un pequeño empujón. Entonces quedé frente al asesino, cuando todavía no había pasado ni medio segundo del segundo disparo. El instinto me hizo obrar mecánicamente. Casi sin apuntar, levanté la cámara y presioné el disparador. Entonces, el asesino me apuntó con la pistola y tiró contra mí, pero yo ya había dado un salto y pude eludir el balazo. Corrí unos pasos... y me encontré con usted —concluyó la muchacha.

—Muy bien —aprobó Fox—. Pero antes habló de una sorpresa, Dalia. O yo tengo muy mala memoria.

—Es excelente —sonrió ella. De pronto, colocó ante los ojos del joven una fotografía—. ¡Vea al asesino, Jim! —exclamó dramáticamente.

Fox pegó un respingo.

—¡Rayos! —juró, atónito—. ¿Quién es ese monstruo?

—¿Es que no lo adivina? —preguntó Dalia.

Sobrevino un momento de espeso silencio. Fox levantó los ojos de la cartulina y los clavó en el rostro de la joven.

—Así, pues, Walter Braddalon ha vuelto a cumplir su promesa —murmuró.

—Justamente. Y, en mi opinión, ha esperado año y medio a fin de dejar que los otros se confiasen y creer que se había ocultado definitivamente, como si él mismo se horripilase de su propia fealdad. Braddalon había sido un Apolo, recuérdelo.

Fox volvió a examinar la fotografía.

El asesino había sido retratado con toda claridad. La pistola estaba aún en su mano enguantada y se veía que levantaba el brazo para tirar contra Dalia. Por el ángulo inferior de la fotografía asomaban las piernas del cadáver.

En el fondo, se divisaba una ventana abierta.

—Escapó por allí —dijo Fox, corriendo hacia aquella ventana.

Sacó medio cuerpo fuera. La ventana daba a uno de los ángulos de la explanada de aparcamiento.

—Así es —concordó Dalia—. Después de tirar contra mí, debió saltar por la ventana y escapar a campo través.

—¿Cómo a campo traviesa? Habrá usado un automóvil —objetó Fox.

—No. Después que le anuncié el crimen, di la vuelta corriendo a la casa y me situé detrás de un automóvil, dispuesta a tirar otra placa. Pero Braddalon había debido correr a través de los campos, porque no escuché el ruido de ningún coche ni tampoco vi luces. Quizá —sugirió Dalia— lo había dejado a buena distancia de la casa. Recuerde que la autopista pasa a doscientos metros escasos.

—Es lo más seguro —convino el joven. La miró con admiración —. No cabe duda de que es usted una mujer valiente, Dalia.

Ella esbozó una sonrisa.

—El mismo resultado da tener miedo que ser valiente... con la agravante de que en el primer caso se pasa miedo.

Fox meneó la cabeza. Luego, deshizo la cama, sacó una sábana y cubrió el cadáver. Antes de que lo hiciera, Dalia impresionó otra placa.

—Me pregunto qué haría Rances en este lugar —dijo el joven meditabundamente—. Y ¿cómo supo Braddalon que estaba aquí?

—En mi opinión —dijo Dalia—, debió acercarse subrepticiamente a la casa y esperó la ocasión propicia. Si piensa vengarse de todos, lo mismo le daba empezar por uno que por otro, ¿no le parece?

—Es posible que tenga usted razón —Fox torció el gesto—. Lo malo es que ahora tendremos que poner protección a los demás. Y a usted también, Dalia.

—¿A mí? ¿Por qué? —se extrañó ella.

—Braddalon investigará. Se enterará de quién le impresionó la fotografía y tratará de vengarse. La deformación sufrida le ha envenenado el espíritu.

—No lo creo, Jim. Yo le salvé la vida.

—A estas horas, Braddalon piensa que tal vez hubiera salido mejor librado ardiendo con su coche —alegó Fox.

En aquel momento, se oyó el distante aullido de una sirena policial.

—Un asunto endiablado —comentó el joven—. Si no fuera por esta fotografía —agregó—, tendría motivos para sospechar de otra persona.

—¿De quién? —preguntó ella, curiosa.

—De Boulthom. Esta noche, su esposa hablaba con Rances muy confidencialmente.

Dalia silbó.

—¡Vaya! —dijo.

—Boulthom no hacía más que mirar hacia los dos. Se sentía muy nervioso. Luego, ella, apenas vio muerto a Rances, sufrió un desmayo. A Boulthom no le sentó nada bien.

—¡Caramba, esto sí que es una sorpresa para mí! —exclamó la muchacha.

La sirena había dejado de sonar. Se oyeron unas pisadas fuertes en la terraza.

El joven abrió la puerta. Dos policías de uniforme entraron en la habitación.

—Soy el teniente Fox, de la policía de caminos —se identificó—. Esta es la señorita Eberhand, del Play Society Magazine —presentó a su acompañante—. Vengan conmigo, les enseñaré el cadáver.

Los policías empezaron a actuar. Fox guardó cuidadosamente la fotografía, la necesitaba como prueba irrefutable del crimen.

—Voy en busca de un teléfono —dijo.

Habló con el jefe de policía, informándole de lo sucedido. Los invitados, en un salón, charlaban en voz baja.

—Pueden marcharse todos —anunció el joven—, excepto los señores Boulthom y Hollister. Dejen sus nombres y direcciones por si se les necesita algún día.

Uno de los agentes empezó a tomar nota de los nombres y domicilios de los invitados. Fox aguardó pacientemente, fumando un cigarrillo, hasta que el salón se hubo quedado casi completamente desierto.

Entonces se dirigió a Boulthom, que se hallaba sentado en un rincón junto a su esposa. La mujer estaba visiblemente afectada.

—Señor Boulthom —dijo el joven—, ¿le importaría contestar a unas preguntas? En un lugar apartado, por supuesto.

Boulthom le miró con altanería durante un segundo. Al fin, accedió a la petición del joven.

—Está bien, teniente. Indíqueme el sitio, por favor —habló en tono cortante.

# CAPÍTULO V

Jim Fox cerró la puerta del pequeño saloncito adonde había conducido a Boulthom y se enfrentó con el hombre.

—Algunas de las cosas que voy a preguntarle no le agradarán tal vez, pero le ruego tenga en cuenta que son en interés de la justicia. Se ha cometido un crimen y nuestra obligación, y también la suya, como ciudadano es colaborar en el esclarecimiento de ese crimen.

—Desde luego —contestó Boulthom—. Hable, teniente.

—Tengo entendido que en el pasado existieron ciertas discrepancias entre Braddalon y usted, señor Boulthom. ¿A qué se debían?

—Él era un pésimo administrador del negocio. Lo estaba conduciendo directamente a la ruina.

—Eso tengo entendido —admitió Fox, sin querer meterse en más honduras—. Ahora es suyo, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pero Braddalon no ha muerto, al menos oficialmente.

—Si lo que quiere es saber cómo me hice con el negocio, le diré que lo adquirí legalmente —explicó Boulthom—. En vista de que él no comparecía, solicité un mandato judicial de venta, después de una evaluación pericial del activo de la empresa. Deposité el importe de la compra en un banco a nombre de Braddalon, y allí está el dinero, esperando a que él aparezca.

—Según estoy informado, Braddalon no quería vender. Desconfiaba de usted, hablando claro.

Boulthom se encogió de hombros.

—Eso es propio de hombres manirrotos como lo era Braddalon. Los negocios marchaban mal por su culpa y él creía que era por la de los demás. Suele pasar así en muchas ocasiones.

—Pero usted quería apoderarse del control de los negocios.

—No lo niego. Es una serie de empresas que producen mucho, cuando están bien dirigidas.

—Braddalon se negaba a acceder a sus pretensiones. Sospechaba que usted quería deshacerse de él y no precisamente por medios legales.

—Las sospechas no son pruebas, teniente —dijo Boulthom en tono desafiante.

—Alguien aserró la barra de la dirección de su coche. ¿Lo recuerda?

—No fui yo, teniente. Pero, ¿a qué diablos viene todo esto? ¿Qué tiene que ver la muerte de Rances con Braddalon?

—Rances era su principal colaborador, señor Boulthom. Cuando Braddalon se vio la cara en el espejo, por primera vez, después de su accidente, juró vengarse de cuantos habían intentado matarle. Rances ha muerto.

—¿Ha sido Braddalon?

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

—Alguien le vio.

Fox no quiso decir que poseía una fotografía del asesino.

Boulthom se pasó una mano por la frente.

—Es horrible, horrible —murmuró pesadamente.

—Se lo pregunté una vez hace año y medio y usted me respondió negativamente —dijo Fox—. Ahora vuelvo a preguntárselo por segunda vez: ¿Quién provocó el accidente que estuvo a punto de matar a Braddalon?

—No tengo la menor idea. Yo no fui —afirmó Boulthom con gran énfasis.

—Es posible que diga la verdad, pero no hay duda de que, en lo sucesivo, su vida va a estar amenazada, señor Boulthom. Tal vez no fuera usted el que aserró la barra de la dirección, pero acaso lo conozca. En tal caso dígame el nombre. Le conviene a usted más que a mí.

—No sé nada, teniente —repuso el financiero con hosco acento.

Fox lanzó un profundo suspiro. Boulthom se mostraba muy reticente.

Sabía más de lo que confesaba, pero no podía obligarle a declararlo.

—Otra pregunta, esta de carácter más íntimo. ¿Eran... ustedes, es decir, su esposa y usted, muy amigos de Rances?

Boulthom se puso rígido.

—Lo corriente entre dos hombres que trabajan en la misma empresa —respondió.

—Gracias, señor Boulthom —dijo el joven—. Eso es todo, por ahora. Pero no le extrañe si vuelvo a interrogarle otra vez.

—Le contestaré lo mismo que hoy y que hace año y medio —manifestó Boulthom, muy seguro de sí mismo.

Y salió de la habitación,

Fox se asomó a la puerta. Jill corrió hacia él.

—¡Jim! —llamó—. ¿Es cierto que...?

—Un momento, por favor —sonrió el joven—. Si no le importa, preferiría hablar antes con su prometido. ¡Señor Hollister!

El aludido se puso en pie de mala gana. Fox miró a la dueña de la mansión.

—Unos minutos tan solo, Jill, por favor —repitió.

—Claro —dijo ella. Se volvió hacia Hollister—. Armin, sé franco con el teniente, te lo ruego.

—Por supuesto —contestó Hollister con una sonrisa forzada.

Fox cerró la puerta. Hollister le ofreció un cigarrillo, que el joven aceptó sin muchos remilgos.

—¿Cuándo piensan casarse usted y la señorita Oakland? —preguntó Fox, después de la primera bocanada.

—Dentro de tres semanas, teniente.

—Supongo que ya sabe quién es el autor de la muerte de Rances.

—Sí, desde luego.

—¿Teme que Braddalon le ataque a usted?

—Estaré prevenido —contestó Hollister—, y apenas le vea...

—Pondremos un hombre para que le proteja, así como a su prometida y al señor Boulthom. Son las tres personas más directamente amenazadas por la venganza que prometió tomarse Braddalon una vez conoció su desgracia.

—Era un hombre guapo. Verse con la cara desfigurada, le debió volver loco.

—Me lo imagino. Usted y él eran competidores... lo fueron, mejor dicho —expresó el policía.

—¿Competidores? —pareció extrañarse Hollister.

—Sí, por la mano de Jill Oakland.

Hollister frunció el ceño.

—Bueno, teniente... Jill es ahora mi prometida y nos vamos a casar. La verdad es que si Braddalon no se hubiera metido de por medio hace un par de años, ya estaríamos casados. Jill ha

comprendido por fin que aquello fue un error y he tenido la suerte de hacérselo ver, eso es todo.

—¿Fue usted quien aserró la barra de dirección que provocó el accidente sufrido por Braddalon?

—¡No!

La negación de Hollister tenía un tono explosivo.

—Alguien tuvo que hacerlo, sin embargo —dijo Fox—. ¿No se le ocurre a usted ningún culpable?

—En absoluto.

—¿Quién es la señorita Felicia Sharrey?

—No tengo la menor idea, teniente.

—¿No le ha hablado su prometida de ella?

—No.

—¿No le ha hablado tampoco de otras digamos competidoras de ellas para conseguir los favores de Braddalon?

—Jill Oakland es demasiado decente para descender a comentarios bajos —rezongó Hollister.

—Pero tengo entendido que a usted no le sentó muy bien que Braddalon le arrebatase la novia, que ahora vuelve a ser su prometida.

—¡Claro que no! Y nunca me recaté de decirlo, pero no significa necesariamente que yo quisiera asesinarle.

—Eso es muy cierto —convino el joven con amplia sonrisa—. Muchas gracias por su colaboración, señor Hollister. Ah, una última pregunta, por favor.

Hollister le miró a la cara.

—¿Sí, teniente?

—La pregunta es de tono confidencial y, estrictamente, no pertenece al interrogatorio, de modo que, si quiere, puede negarse a contestarla.

—Hágala y veremos —dijo Hollister ambiguamente.

—Parece ser que la señora Boulthom se impresionó muchísimo por la muerte de Rances. ¿A qué cree usted que es debido?

Hollister sonrió maliciosamente.

—¿Por qué no se lo pregunta a ella, teniente? —respondió—. ¿Puedo irme ya?

—Claro —accedió el joven.

Jill entró apenas un segundo después y corrió hacia Fox

ansiosamente.

—¡Jim! ¿Qué ha pasado en mi casa? ¿Por qué ha matado Walter a Rances? —exclamó con voz en la que vibraba el pánico.

—¿No se lo imagina? —respondió él—. Ha dado comienzo a su venganza.

Jill se agarró la garganta y le miró con ojos extraviados.

—¿Se... se vengará de mí también? —preguntó.

—Trataremos de evitarlo. Pediré un hombre para que la proteja, así como a su prometido y al señor Boulthom —Fox le dio un par de palmaditas en el brazo—. No tiene por qué temer, señorita Oakland. Atraparemos a Braddalon.

—Se esconderá...

—¿Con esa cara? —rio el joven sin ningún humor—. Lo más que puede ponerse es unas gafas negras para cubrir parte pero no toda la cara. Un bigote podría añadir algo a su cambio de fisonomía... pero, ¿no le vio usted el resto? Las mejillas resultaron abrasadas, y el mentón y el cuello... No puede caminar por la calle sin que la gente se vuelva a mirarle y en cuanto publiquemos fotografías de él en los periódicos, tendrá que esconderse de tal modo que no se atreverá a salir.

Jill respiró profundamente.

—Ahora me siento un poco más aliviada —confesó, con débil sonrisa—. Pero cada vez que me acuerdo del pobre Tony, tendido en la alfombra, con dos balazos en el pecho...

—Era uno de los que usted me indicó como sospechoso, recuérdelo.

—Sí, es cierto —admitió ella—. Y, ¿qué quiere que le diga, Jim? Con todo el respeto para su memoria, Rances colaboraba con Boulthom en las trapacerías que este llevaba a cabo para apoderarse del control de los negocios de Braddalon. Si Boulthom ponía su experiencia comercial, Rances era un experto en contabilidad como hay pocos.

—O sea que los dos se complementaban a la perfección.

—Justamente.

Fox sonrió.

—Ahora lo que le conviene es irse a dormir, Jill —aconsejó—. Tómese una tableta de sedante y olvide lo que ha sucedido. Un hombre se quedará aquí para protegerla, así que no tiene por qué

abrigar temores de ninguna clase.

—Está bien —sonrió ella—. Boulthom se sentirá ahora mucho mejor.

—¿Por qué? —preguntó el joven.

—Rances ya no existe. Por lo tanto, Joan...

—Si no tuviésemos una fotografía de Braddalon, Boulthom sería considerado como sospechoso, ¿no es eso lo que quiere decirme, Jill?

—Más o menos —respondió ella—. Pero Rances no había sido el único. También Walter, antes de sufrir el accidente...

—¿Estaba enterado Boulthom?

—Creo que sí, pero no estoy seguro.

—Eso añadiría un motivo más de rencor de Boulthom hacia Braddalon, ¿no?

—Claro.

—¿Y usted lo sabía?

—Sí, pero le obligué a cortar el devaneo. Le dije que hiciera una elección y gané yo.

—Eso añade otra sospecha a la lista.

—¿Joan Boulthom? Claro, pero ella no podría haber estropeado la dirección del coche, despechada por el abandono de Walter.

—¿Cómo sabe que no podría haberlo hecho?

—Ni siquiera sabe conducir —sonrió Jill.

—Entonces, se comprende. Gracias una vez más por todo, señorita Oakland.

—Estoy dispuesta a ayudarle en todo —manifestó ella con acento sincero—. Pero Walter... convertido en un asesino, es algo que no acabo de creer del todo aún.

—Tenemos las pruebas, y estas no mienten —dijo Fox suavemente.

Salieron al salón.

—Pueden marcharse —anunció el joven—. Lamento haberles molestado, pero les ruego traten de comprender mi posición.

Los Boulthom desaparecieron casi en el acto. Hollister anunció que se quedaba en la casa.

—Velaré por si a ese asesino le diera por aparecer —manifestó.

Fox asintió.

—De todas formas, se queda un agente de vigilancia —dijo.

Dalia aguardaba a un lado, con la cámara en las manos.

—Jim —dijo Jill—, puede usar mi coche, si así lo desea.

—Gracias —sonrió el joven—, pero me imagino que la señorita Eberhand sabrá soportar las molestias que le ocasione llevar un oficial de policía en el suyo.

—Por supuesto que sí —sonrió Dalia—. Cuando quiera, Jim.

## CAPÍTULO VI

Los dos jóvenes guardaron silencio durante un buen rato. Dalia conducía y permanecía atenta al tránsito del camino.

Al cabo de unos minutos, Dalia preguntó:

—¿Ha sacado algo en limpio, Jim?

—Lo único positivo es la fotografía que usted impresionó. Ella nos dice, sin lugar a dudas, quién es el asesino.

—Tenía una cara horrible —se estremeció la muchacha—. Dios mío, debe ser espantoso vivir con un rostro semejante.

—Lo espantoso es vivir con el corazón desfigurado por el odio, Dalia.

—Sí, es verdad… Pero, ¿por qué habrá esperado tanto tiempo?

—Se me ocurren dos hipótesis —contestó Fox.

—¿Cuál es la primera?

—Braddalon pudo haber dejado pasar ese plazo, a fin de hacer que se confiaran los posibles culpables de su desgracia.

—Parece razonable, Jim —convino Dalia—. ¿Y la otra hipótesis?

—Es un poco más retorcida, aunque también entra dentro de los límites de lo posible. Tal vez Braddalon había renunciado a la venganza, pero al enterarse de que Jill se había prometido con Hollister, se reavivaron sus antiguos sentimientos de odio.

—Pero, en tal caso, no tenía por qué haber asesinado a Rances.

—Oh, es que lo más probable es que llegase a la casa con ánimo de matar a Hollister. Y quién sabe si también a Jill, pero entonces se encontró inesperadamente con Rances y le disparó. Así eliminaba a uno de los sospechosos y hasta podía culparse a Boulthom de su muerte, cosa que hubiera sucedido de no haber intervenido usted tan oportunamente con su cámara.

—Es cierto —concordó la muchacha—. Lo malo es que ahora no sabemos dónde está Braddalon.

—No, no lo sabemos —suspiró Fox.

* * *

Jim Fox leyó los periódicos a la mañana siguiente, que traían abundantes reportajes sobre el suceso de la víspera.

El jefe de policía de la ciudad le llamó.

—Aunque usted pertenece a la policía estatal, dado que intervino en el caso desde el primer momento, y no solo anoche, sino hace año y medio, le agradecería prosiguiera sus investigaciones hasta el final.

—Lo haré, señor —accedió el joven.

—Obvio es decirle que gozará de toda la autoridad y las colaboraciones precisas. Si algo necesita, no tiene más que pedírnoslo. Estamos muy interesados en hallar al asesino, créame.

—Bien —dijo Fox—, tenemos su fotografía y es un rostro que no se puede disimular tan fácilmente. Eso es algo que va tan a favor nuestro, como en contra suya.

—Desde luego. Ya me encargaré de que divulguen su imagen todos los periódicos, y todos mis hombres dispondrán de una copia para identificarlo apenas conciban la menor sospecha. Fue una suerte que esa chica tuviese la suficiente presencia de ánimo para disparar el obturador de la cámara en el momento oportuno.

—Sí, desde luego —convino el joven.

Los amenazados ya tenían custodia. Fox, después de unas breves reflexiones, decidió visitar al doctor Winn, que era quien se había encargado de la curación de Braddalon luego de su accidente.

El doctor Winn le recibió en su despacho del hospital. Tenía sobre la mesa un periódico, con la noticia del crimen en primera plana.

—Hola, teniente —saludó el galeno—. Al fin ha dado comienzo su venganza.

—Sí —contestó Fox—. ¿Qué opina usted, particularmente, claro?

Winn arrojó una mirada a la fotografía obtenida por Dalia y que ilustraba el reportaje.

—Una persona en sus condiciones, siempre sufre un fuerte «shock». Le pasa a un hombre, o una mujer, corrientes, y sin ningún rasgo excepcional, de modo que la impresión recibida por Braddalon fue mucho mayor. Era un hombre de gran apostura física y ello causó en su ánimo un impacto terrible.

—De haber estado en su mano, doctor, ¿qué remedio hubiera aconsejado para borrar de su mente esas ideas de venganza?

—Lo primero, un siquiatra. Después, cirugía estética.

Fox se acarició la mandíbula pensativamente. Tomó el periódico

y lo volvió hacia sí.

—Es extraño —dijo—. ¿Por qué no intentó reparar los estragos que el fuego hizo en su cara? ¿Cree usted que habría resultado muy difícil?

—Difícil, no en sentido estricto, aunque sí costoso en tiempo. Y, desde luego, su cara no habría quedado nunca como antes, aunque sí mejor que como la tiene ahora.

—Me pregunto por qué no lo habrá hecho —murmuró Fox.

—Aquí padeció mucho durante semanas. Tal vez adquirió un miedo espantoso al quirófano. ¿Sabe usted el número de personas que mueren anualmente por no querer acudir a un cirujano?

—Sí, me lo imagino —dijo Fox pensativamente—. Bien pudo ocurrir que adquiriese ese complejo y, aun conociendo lo horrible de su fisonomía, le dé más miedo tenderse en una cama de operaciones que seguir en su actual situación. En fin, eso es todo. Gracias y perdóneme las molestias que le he ocasionado.

—De ninguna manera —sonrió Winn—. La lástima es que no consiguiera hacerle desistir de sus locas ideas, antes de que abandonase el hospital.

Fox se despidió del médico y regresó a su despacho. Estuvo estudiando los informes reunidos hasta el momento, sin encontrar uno que le resultase inmediatamente alentador.

Durante el resto del día trabajó intensamente. Había puesto a numerosos agentes a la búsqueda de Braddalon, pero todos los esfuerzos habían resultado inútiles hasta el momento.

Al final de la jornada, cansado, decidió retirarse a su casa. Sin embargo, se le ocurrió la idea de charlar con Dalia.

La muchacha le gustaba. Además, seguía viviendo con Felicia Sharrey.

—Puedo compaginar lo útil con lo agradable —se dijo, sonriendo.

Y en aquel momento sonó el teléfono.

Fox levantó el auricular.

—Llamada para usted, teniente —informó la telefonista—. Es urgente.

—Está bien, pásemela por favor.

Segundos después, sonaba en sus oídos una voz conocida.

—¡Teniente Fox! Soy Boulthom. Haga el favor de venir a mi casa.

Ha ocurrido algo terrible.

## CAPÍTULO VII

Casi atropelló Fox a una persona cuando salía precipitadamente de su despacho.

—¡Jim! —exclamó Dalia—. ¿A dónde va usted tan deprisa?

—Boulthom acaba de llamarme —contestó él—. Dice que le ha ocurrido algo espantoso.

—¿Otro asesinato?

—No. No ha querido ser demasiado explícito, aunque, en prevención he despachado ya a la patrulla más próxima hacia su casa.

—¿Le importa que le acompañe? —preguntó Dalia, emparejándose con el joven.

—Ya no puedo evitarlo —contestó Fox con una ligera sonrisa.

—Tengo mi coche en la puerta. ¿O prefiere alborotar con la sirena?

—Usaremos su coche. Es más discreto —decidió él. —Y, por otra parte, sea lo que sea lo que ha pasado, ya no podemos hacer nada. Boulthom dijo: «Ha ocurrido...», luego habló en pretérito.

—Eso es verdad —admitió Dalia.

El coche estaba situado frente al edificio. Fox se hizo cargo de los mandos y arrancó inmediatamente.

Poco después, estaban en casa de Boulthom.

Era un edificio lujoso, situado en un barrio residencial. El estilo era algo anticuado, pero se conservaba en buen estado. Un jardín lo rodeaba, confiriéndole un aspecto agradable y acogedor.

Había un coche policial parado en la puerta. El agente de guardia salió al encuentro del joven, quien se identificó en el acto.

—¿Se ha cometido algún asesinato? —preguntó Fox.

—No, señor. Pero los dueños de la casa han armado un escándalo monumental —contestó el hombre, sonriendo—. Se ve que tienen los nervios desquiciados —agregó.

Fox y Dalia cruzaron rápidamente el jardín y penetraron en la casa. Otro agente de uniforme les guio hasta un salón de recibo, en cuyo interior estaba el matrimonio Boulthom.

La mujer se hallaba derrumbada sobre un sillón, presa de lo que

parecía ser una aguda crisis de nervios. Boulthom no hacía nada por calmarla.

Miraba a su esposa con ceño hosco. Al ver entrar a la pareja, su semblante se animó un tanto.

—¿Cómo está, teniente? —saludó con fría cortesía—. Gracias por haber venido... ¿Qué hace aquí esa mujer? —preguntó, refiriéndose a Dalia, en tono irritado.

—Es periodista, pero si usted lo prefiere, hablaremos a solas —manifestó el joven.

—Sí, es mejor —dijo Boulthom—. Sígame, teniente.

—Yo atenderé a su esposa —se ofreció la muchacha, acercándose al diván en que estaba Joan.

Boulthom guio al joven hasta una habitación que era despacho y biblioteca. Cerró la puerta con todo cuidado y, entonces, metió la mano en su bolsillo y extrajo un sobre que entregó al joven.

—Tome —dijo—, vea lo que hay en su interior.

Fox abrió el sobre y extrajo una cuartilla doblada y una fotografía.

Apretó los labios. La fotografía era de Walter Braddalon y mostraba la horrible fealdad de su rostro con toda claridad.

En la cuartilla había unas frases escritas:

> CONTEMPLA BIEN LO QUE ME HICISTEIS, MISERABLES. UNO DE VOSOTROS YA HA PAGADO SU CULPA. TU SERÁS EL SIGUIENTE. POR MUCHO QUE LO INTENTES, NO CONSEGUIRÁS ELUDIR MI VENGANZA.

Fox examinó el papel, hallando que era de la clase corriente, que podía hallarse en cualquier parte. El sobre no le dijo tampoco nada, a no ser que la carta había sido echada al buzón el día anterior en la misma ciudad.

—¿Y bien, teniente? —dijo Boulthom con impaciencia.

Fox levantó la vista y se enfrentó con el financiero.

—Es una amenaza de muerte —dijo.

—No me aclara usted nada —contestó Boulthom con acerba ironía—. Eso ya lo sé yo; lo que quiero es que me proteja.

—Rodearemos su casa si es preciso —afirmó el joven—. Pero Braddalon no le hará nada.

—Me gustaría poder creerle. Ese hombre está ciego por la venganza y, en esos casos, se les aguza el ingenio demasiado.

—Repito que le protegeremos al máximo, señor Boulthom. Pero usted sigue sin querer decirme quién provocó el accidente de automóvil.

—Yo no fui.

—¿Y no sabe quién pudo ser?

—En absoluto.

—Usted tenía motivos para desear la muerte de Braddalon.

El financiero se irguió.

—Eso no tiene nada que ver ahora con lo que pasa —dijo ásperamente.

Fox no se inmutó.

—Usted le odiaba por dos razones: una de ellas era que Braddalon había descubierto sus manejos para apoderarse del control de los negocios y había frenado sus aspiraciones, que ahora han sido conseguidas merced a su oportuna desaparición. La segunda razón son los devaneos de su esposa con Braddalon —expresó el joven crudamente.

Una vena se puso a latir furiosamente en la sien de Boulthom.

—Aun así, rechazo enérgicamente toda imputación en ese sentido —declaró con voz estridente.

—Muy bien, pero los hechos continúan subsistiendo y nadie puede desvirtuarlos. Si usted no fue quién provocó la avería en el coche de Braddalon, ¿quién lo hizo? Es posible que lo conozca y que no quiera decírmele ¿Está encubriendo a alguien?

—Estamos tratando de evitar una amenaza que he recibido —casi gritó el financiero—. Lo que ocurrió hace año y medio no tiene importancia.

—Está relacionado con la muerte de Rances y esta amenaza —contestó el joven, agitando la fotografía y la cuartilla—. Y yo trato de conocer la verdad, señor Boulthom.

—Le he dicho cuanto sé, y respecto al accidente, no tengo que añadir una sola palabra más.

Fox contempló al hombre durante algunos segundos

—Está bien —dijo al cabo—. Le protegeremos en la medida de lo posible. Ahora, tenga la bondad de salir y enviarme a su esposa.

—¿Para qué? —gruñó Boulthom.

Fox se armó de paciencia.

—Quiero hablar con ella.

—Lo que tenga que decirle, se lo dirá en presencia mía, teniente.

—No. Ha de ser a solas, tanto si le gusta como si no. Y si insiste en no permitirle que declare aquí pediré una citación oficial para que lo haga en mi despacho.

Los dientes de Boulthom crujieron perceptiblemente. Hinchó el pecho y luego, sin añadir una sola palabra, abandonó la estancia.

Joan Boulthom entró momentos después. Era una mujer vistosa, de gran belleza, en la que se advertían ya los síntomas evidentes de un próximo ocaso. No obstante, Fox calculó que la mujer no había doblado aún el cabo peligroso de los cuarenta años.

—Lamento lo que ocurre, señora Boulthom —dijo ofreciéndole una silla—. Comprendo que debe usted sentirse nerviosísima, pero le ruego me disculpe, en atención a las circunstancias.

—Desde luego —murmuró la señora Boulthom con voz débil—. Estoy dispuesta a contestarle a todo, teniente.

—Muchas gracias, señora. Las preguntas que voy a formularle se refieren a sus... relaciones con Walter Braddalon.

Joan se sofocó violentamente.

—Aquello fue un devaneo sin consecuencias, pese a lo que puedan sostener los maledicentes —manifestó casi con violencia.

—¿Cuál de los dos lo cortó?

—Yo, por supuesto. Me di cuenta de que... la cosa corría peligro de agudizarse y decidí romper con Walter. En aquel sentido, claro.

—Yo tenía entendido todo lo contrario —aventuró Fox.

—No es cierto. Fui yo —afirmó la mujer con energía.

—Braddalon, y perdone la franqueza, se iba a casar con una mujer más joven que usted, muy hermosa y rica por añadidura. ¿No pudo haber influido en usted el despecho por sentirse... abandonada?

Joan emitió una risita nerviosa.

—¡Tonterías, señor Fox! —exclamó—. Ya le digo que fue un simple devaneo. Walter era un hombre joven, no mucho más que yo, por supuesto, guapo, agradable, simpático... su compañía era un placer, pero nada más. No hubo entrevistas secretas, amores ilegales, frustrados, ni nada de que pueda avergonzarme. Además, ¿qué tiene que ver eso con la amenaza que ha recibido mi esposo?

—El rostro de Braddalon quedó horriblemente destrozado. Juró vengarse y lo dijo en presencia de un testigo neutral. El doctor Winn.

—Hablando en serio, teniente. ¿Me cree capaz de provocar el accidente? ¡Si ni siquiera sé conducir!

—Aprender el modo de aserrar la barra de dirección no es empresa tan difícil —alegó Fox.

—¿Y cuándo lo hubiera hecho?

—Usted podría decírmelo mejor que yo.

Joan se puso en pie.

—¡Basta, teniente! Considero este interrogatorio altamente ofensivo para mi dignidad y me niego a seguir contestando a sus preguntas.

Fox miró a la mujer.

—¿Qué me dice de Rances? Usted se desmayó al ver su cadáver.

—Fue la impresión —dijo ella, palideciendo. Hizo un esfuerzo y añadió—: Yo no tengo la costumbre de ver cadáveres a diario, como usted.

—Desde luego —convino el joven. No quería seguir insistiendo más sobre el tema; sabía que no conseguiría ya nada—. Gracias por su cooperación, señora.

Joan se marchó de la habitación. Fox encendió un cigarrillo y, tras reflexionar unos momentos, salió también.

Boulthom le esperaba en el vestíbulo.

—¿Ha terminado ya? —preguntó.

—Sí. Le enviaré un par de agentes, además del que ya tiene. Estarán patrullando su jardín durante toda la noche. ¿Le parece bien?

—Tengo una pistola y la licencia correspondiente. Supongo que no habrá objeción alguna a que me defienda si ese miserable pretende atacarme.

—Por supuesto. Pero tenga en cuenta que la amenaza está dirigida a usted personalmente.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó Boulthom, desconcertado.

—Simplemente, que no se le vaya a ocurrir usar el arma contra otra persona y acusar luego a Braddalon de un crimen que no ha cometido. —Fox divisó a la muchacha parada a unos metros de

distancia y dijo—: ¿Vamos, Dalia?

—Desde luego, Jim.

## CAPÍTULO VIII

Una vez en el coche, que ahora conducía Dalia, Fox dijo:

—Lléveme a su casa, por favor.

—Claro. ¿Piensa ver a Felicia?

—Me ha adivinado el pensamiento —sonrió el joven—. ¿Qué tal se ha portado ella durante todo este tiempo?

—Bien. Normal.

—Supongo que las dos habrán intimidado bastante.

—En efecto.

—¿Es cierto que llegó a enamorarse de Braddalon?

—En algunos aspectos, Felicia es muy reservada. Cada vez que he intentado sacar el tema a colación, ella lo ha eludido.

—¿Y cuál es su opinión personal? —preguntó Fox.

—Afirmativa.

El joven calló unos instantes.

—Felicia sigue trabajando para Boulthom, Podría decirnos, tal vez, cosas muy interesantes.

—Ya le hablé yo anoche, después de regresar de casa de Jill Oakland.

—¿Y...?

—Lo que me dijo es solo relativo a los negocios y a las sucias trapacerías de Boulthom, ayudado por Rances.

—Entonces, el motivo de venganza es doble.

—Por supuesto, siempre que fueran Boulthom o Rances quienes provocasen el accidente.

—Tengo entendido que Boulthom depositó el importe de la compra del negocio a nombre de Braddalon. ¿Le dijo Felicia algo al respecto?

—Sí, pero añadió que esa transferencia se había hecho por un precio ridículo. Ni siquiera llegaba al medio millón de dólares.

—Pues a mí me parece que es una suma muy apañadita. ¡Ojalá la tuviese yo! —suspiró Fox.

—No, cuando el negocio vale millones. Pero Rances, según me contó Felicia, era un águila con los libros de contabilidad y Dios sabe la clase de manejos que realizó para conseguir sus propósitos.

—¿Es que no hubo peritos contables designados legalmente?

—Supongo que sí, pero se atendrían a los libros manipulados por Rances. Y sabía hacerlo, créame.

Fox se quedó callado pensativo durante unos instantes.

—Si no fuese porque tenemos la fotografía, habría; que pensar en Boulthom como el asesino de Rances. Y hubiese tenido también dos motivos para cometer el crimen.

—Sí. Hacer callar a Rances y, de paso, vengar la infidelidad de su esposa.

—Pero las pruebas no mienten. Ha sido Braddalon. ¿Dónde se habrá metido?

Dalia no podía responderle a aquella pregunta.

Momentos después llegaban a su casa.

Dalia abrió la puerta del piso y llamó:

—¡Felicia!

Nadie contestó a sus llamadas. Dalia insistió nuevamente.

—¡Qué raro! —exclamó—. Felicia es una chica muy morigerada y, por lo regular, suele volver a casa apenas sale del trabajo.

—¿Cuál es su cuarto? —preguntó Fox, preso de una súbita sospecha.

—Venga conmigo —dijo la muchacha.

Dalia abrió una puerta y encendió la luz.

—Aquí es... ¡Oh! —exclamó de pronto.

—¿Qué sucede? —inquirió el policía.

Dalia dio unos pasos dentro de la estancia y se acercó al armario, cuyas puertas estaban abiertas de par en par.

La muchacha examinó las ropas colgadas en los percheros. Luego se volvió hacia su acompañante.

—Faltan dos maletas y parte de sus ropas, Jim —dijo—. Felicia se ha marchado.

El joven se quedó atónito.

—¿Sin decirle a usted nada? —exclamó.

De pronto, Dalia divisó un sobre prendido con un alfiler sobre la almohada del lecho.

—¡Mire! ¡Ha dejado una nota!

Fox se adelantó a la muchacha y separó el sobre de la almohada. Después de abrirlo, sacó una nota escrita que había en su interior.

El mensaje iba dirigido a Dalia y decía lo siguiente:

«Querida Dalia: Lamento mi partida tan brusca, sin despedirme de ti siquiera, pero circunstancias imprevistas me obligan a ello. Te agradezco muy sinceramente la amistad, la comprensión y la paciencia que me has demostrado en todo momento. Tal vez volvamos a vernos algún día; no puedo predecirlo aún, pero, sea como sea, guardaré un excelente recuerdo tuyo. Adiós.»

Fox miró a Dalia, cuyo rostro se veía bastante descolorido.

—¿Qué le habrá obligado a marcharse? —preguntó.

—No tengo la menor idea —respondió Dalia—. Me siento tan perpleja como usted.

—Felicia fue siempre una chica bastante reservada, ¿no?

—En algunos aspectos, sí —admitió Dalia.

—Dígame en cuáles, por favor. ¿Sabía usted algo acerca de sus familiares, hermanos, amigos, algún posible pretendiente...? Felicia es una chica de físico agradable, a pesar de que usa gafas.

—En eso tiene usted razón. Si hubiese cuidado un poco más su aspecto personal, habría resultado una verdadera belleza, incluso con los lentes. De su familia —añadió la muchacha—, sé que viven en un pueblo del Medio Oeste y que son granjeros acomodados. Tiene padre y dos hermanos menores, que ella, pero nunca le conocí pretendientes. O ella no me lo confesó, claro.

—¿Y amistades?

—Tampoco. Ya le dije que era muy retraída.

—Quizá se debía al desengaño que sufrió.

—¿Qué desengaño?

—Pues... el enamoramiento de Braddalon. A veces, las personas a quienes ocurre una cosa semejante se encierran en sí mismas, sin querer comunicar sus sentimientos con nadie.

—Es posible —concordó Dalia—. Pero me siento preocupada por esta posible marcha. ¿No se tratará de un secuestro? —exclamó repentinamente.

Fox miró en torno suyo.

—¿Secuestro? —repitió—. Todo aparece en orden, Dalia. No parece que haya habido lucha.

—Pudo recibir una llamada anónima, preparar su equipaje con toda tranquilidad y…

—¿De quién habría de ser la llamada?

Dalia calló un instante. De pronto, sus ojos despidieron un destello singular.

—¡Ya lo sé, Jim! —dijo.

—Hable, por favor, Dalia.

—Braddalon.

Sobrevino una pausa de silencio.

—¿Lo cree usted así? —preguntó Fox, al cabo.

—Desde luego. Felicia estaba enamorada de él y es de la clase de mujer que no miraría jamás el físico de un hombre. Solo le importaría su espíritu… y el que Braddalon haya cometido o no un crimen, es cosa que no alteraría en absoluto sus sentimientos.

—Entonces, es posible que se haya reunido con él en algún lugar ignorado —sugirió el policía.

—Lo más probable —confirmó Dalia.

—¿Sabe si Felicia poseía algún dinero? Según usted, era una chica de costumbres morigeradas. Por lo tanto, es lógico suponer que tuviese algunos ahorros.

—Creo que sí. Un par de miles de dólares… ¡Espere!

Había un *secretaire* en el dormitorio. Dalia empezó a abrir los cajones y a registrar su contenido.

—Una vez le vi en la mano su libreta de ahorros, aunque no pude ver su contenido… ¡No está, Jim; se la ha llevado consigo!

—Eso tiene una explicación. Braddalon posee una buena cuenta corriente en el banco, pero no puede retirar un solo centavo, porque sería reconocido de inmediato.

—Y ella le quiere ayudar en su huida.

—No, porque Braddalon ha amenazado con matar a Boulthom y, por lo tanto, debe hallarse escondido en la ciudad o en sus inmediaciones. Pero ambos necesitan dinero para subsistir y es por ello que Felicia se llevó la cartilla de ahorros. ¿Sabe usted a qué banco pertenecía?

—No me fijé, la verdad —respondió Dalia.

—Es igual. Mañana, a las nueve, apenas abran todos los bancos, indagaremos sobre el particular. Además, si se ha ido ahora, tendrá que retirar dinero y entonces le echaremos el guante. Mientras tanto

—agregó Fox—, voy a utilizar su teléfono para dar una alarma general.

Abandonaron el dormitorio.

Mientras marcaba el número de la Jefatura de Policía, Fox dijo:

—A pesar de todo, a Braddalon le resultará ahora más difícil ocultarse. Lleva al lado a una mujer y eso facilita siempre la identificación de un fugitivo.

En aquel momento se estableció la comunicación:

—Soy el teniente Fox —se presentó el joven—. Tengo que dar una nota de alarma general. Se trata de una mujer, joven, pelo castaño, ojos azules, con gafas, estatura...

Miró a Dalia. La muchacha le facilitó los datos restantes.

—Estatura, uno sesenta y cuatro —siguió Fox—. Edad veintitrés o veinticuatro años. Se sospecha que trate de ayudar a esconderse o a huir a Walter Braddalon. Es posible que mañana vaya a algún banco de la ciudad a realizar una extracción de numerario. Todos los bancos deben ser vigilados y avisados los pagadores. Eso es todo.

Colgó el aparato y miró a la muchacha.

—Ya no podemos hacer nada más por ahora —dijo.

Dalia se sentía sumamente impresionada.

—¿Cómo se le habrá ocurrido cometer un disparate semejante? —murmuró.

—Eso es lo que suele pasar con cierta clase de personas, habituadas a reprimir sus sentimientos. Inevitablemente, llega el día o se produce la causa que origina la explosión... y eso es precisamente lo que le ha ocurrido a su amiga.

—Sí —admitió Dalia—. ¡Pobre Felicia! ¡Era una muchacha tan buena! ¡Ahora se estropeará para toda su vida por quien no lo merece!

Fox no quiso decir nada más. Dalia tenía razón.

Y él también, en su interior, compadecía a Felicia Sharrey.

Pocos momentos después se despedía de Dalia y regresaba a su domicilio.

## CAPÍTULO IX

El día siguiente le trajo una noticia inesperada.

Felicia Sharrey había retirado todos sus fondos la víspera, poco antes de que cerrasen el banco.

Eso significaba, pensó Fox, que ya había recibido la llamada de Braddalon y que tenía planeada la escapatoria.

Después de algunos momentos de vacilación, llamó a Boulthom.

—Usted dirá, teniente —contestó el financiero encaradamente, después de los primeros saludos.

—Se trata de su secretaria, Felicia Sharrey.

—Sí. Por cierto, hoy no ha venido al trabajo.

—Creo que tardará mucho en volver a su oficina, si es que vuelve —manifestó el joven—. Ha huido... y eso lo tenía pensado desde ayer a mediodía. ¿Recuerda usted la hora en que abandonó la oficina?

—No, porque no la tengo constantemente en mi despacho. Sí recuerdo que le dicté mi última carta a eso de la una y media. Luego me marché y no sé más.

—Seguramente, ella se iría antes que usted, temerosa de que el banco le cerrase sus puertas.

—¿A qué banco se refiere, teniente?

—No importa, señor Boulthom. Ah, a propósito, ¿puede facilitarme usted el nombre del banco en que depositó el capital de Braddalon?

—Desde luego. El Citizens & Farmers.

—Muchas gracias, señor Boulthom.

Fox colgó el teléfono. Tenía a un enjambre de policías detrás de la pareja, pero ni uno solo de ellos era capaz de dar con la pista de los fugitivos.

El timbre del teléfono sonó instantes después.

—Teniente Fox —contestó el joven.

—¡Jim! —sonó una voz femenina—. Soy Jill Oakland.

—Ah, hola, señorita Oakland. ¿En qué puedo servirle?

—He leído los periódicos de esta mañana. ¿Es cierto que Felicia Sharrey ha desaparecido?

—Eso tememos.

—Pero, ¿qué es lo que ha hecho esa estúpida? ¿Ayudar a un criminal?

Fox captó una nota de irritación en la voz de Jill.

—Creo que Felicia estaba enamorada de su antiguo prometido —dijo.

—¿Enamorada? —rio Jill estridentemente—. ¡Es una lagarta, que no busca más que su dinero!

—Bueno, y eso, ¿qué le importa a usted? ¿No se va a casar con Hollister?

—Claro —contestó Jill—. Únicamente le llamé para saber si usted podía darme algún detalle más. Me preocupa Walter, aunque ya no le quiera, ¿comprende?

—Sigue obsesionado con la idea de la venganza, es todo cuanto puedo decirle. Y usted, ¿no puede decirme quién provocó el accidente?

—Ya le señalé los sospechosos hace tiempo, ¿no?

—Desde luego. Uno de los cuales, por cierto, se va a casar con usted.

Jill soltó una risita forzada.

—Bueno, entonces le consideraba como sospechoso —declaró—. Pero ahora ya no. Además, yo no me casaría con un hombre capaz de cometer un asesinato, porque lo que intentaron hacer con el pobre Walter es un asesinato. ¿No lo cree usted así?

—Por supuesto, señorita Oakland. En tal caso, solo nos queda un sospechoso: Boulthom. Si su esposa entendiese algo de mecánica, también se le podría incluir en la lista, ¿no le parece?

—Joan es mujer de puñal o de veneno —rio Jill—. Nunca sería capaz de preparar una muerte tan complicada.

—Desde luego.

—Jim, téngame al corriente de lo que vaya averiguando —solicitó ella—. ¿Lo hará?

—Por supuesto.

—He tenido mucho gusto, Jim. Hasta otro rato… y que el diálogo sea personal, no por teléfono —se despidió la joven.

Fox colgó el teléfono y, durante unos momentos, se quedó sumamente pensativo.

Para él, la clave de todo estaba en la persona que había

provocado el accidente sufrido por Braddalon. Ciertamente, este tenía motivos de resentimiento contra todos... ahora, incluso contra su antigua prometida, pero lo que más le interesaba era dar con el hombre que había manipulado en el sistema de dirección del vehículo siniestrado.

Transcurrieron dos días.

Las pesquisas en busca de la pareja proseguían incansablemente. Sin embargo, los resultados habían sido infructuosos.

No se encontraba la menor pista de Braddalon y de Felicia. Las estaciones de ferrocarril y de autobuses, el cercano aeropuerto, las entradas y salidas de la ciudad habían sido vigiladas e investigadas al máximo.

La fotografía de Braddalon obraba en poder de todos los agentes. Incluso, para cubrir una posible eventualidad, Fox hizo que un dibujante grabase unas supuestas gafas negras sobre una copia, que luego volvió a reproducirse. Cabía la posibilidad de que Braddalon se hubiese puesto gafas oscuras.

Fox empezó a creer que Braddalon había escapado definitivamente de la ciudad, ayudado por Felicia Sharrey. Se había vengado de Rances, considerándolo como el culpable de su accidente y con ello había dado por terminada la revancha.

Pero algo, en su interior, le decía que estaba equivocado, que Braddalon volvería a atacar de nuevo.

Tres días más tarde, Braddalon surgió como un espectro, y asesinó a Boulthom, tal como lo había prometido.

* * *

Aquella tarde llovía fuertemente. Boulthom subió a su coche, acompañado por el policía, que no le perdía de vista ni un solo momento, y emprendió el regreso a su casa, una vez terminada su jornada de trabajo.

Cuando llegó, se encontró con dos visitantes: Jill Oakland y su prometido. Ambos estaban charlando con su esposa en el saloncito de recibo.

El policía quedó en la puerta de la casa. Otro, enfundado en un impermeable y con botas hasta media pierna, montaba la guardia en el exterior, en la parte trasera.

Anochecía ya. Boulthom pareció enojarse cuando se enteró del

motivo de la presencia de Jill y Hollister en su casa.

—Podían haber ido a mi oficina —farfulló.

—Hay ciertas cosas que es mejor tratar lejos de oídos indiscretos —contestó la joven—. Al menos, así lo creo.

—Está bien —accedió Boulthom al cabo—. Pero sin Rances, me va a resultar muy difícil justificar esa suma.

Jill sonrió encantadoramente.

—Usted encontrará el medio de conseguirlo, Hoffy. Ande, sea bueno y extiéndame el cheque.

Joan contemplaba la escena con los labios prietos. Sabía que su marido no podía oponerse a la petición de Jill.

—Está bien —dijo Boulthom—. Iré a mi despacho. Tengo allí el talonario de cheques.

Boulthom se levantó y salió de la estancia.

—Sírveme una copa, ¿quieres, Armin? —pidió Jill—. Y también a Joan, por supuesto.

—No tengo ganas de beber —respondió la aludida.

Hollister se levantó y tomó la botella. Sacó el corcho y se produjo una espantosa explosión que hizo retemblar los muros de la casa.

Hollister soltó la botella como si se hubiese tratado de una serpiente venenosa. La botella se hizo trizas al chocar contra el suelo.

Le parecía que era él quien había causado la explosión al destaparla.

—¿Qué ha sido eso? —gritó Joan Boulthom, terriblemente pálida.

La puerta del salón se abrió bruscamente. A través de la misma, las tres personas que había pudieron ver una nube de humo que se filtraba hasta el vestíbulo, a través de la puerta destrozada del despacho, que se hallaba justamente al otro lado.

El policía de vigilancia se asomó y dijo:

—¡Ha sido en el despacho! ¡Creo que el señor Boulthom está...!

Joan lanzó un agudo grito y cayó redonda al suelo. Jill intentó correr hacia la puerta, pero Hollister, recuperándose, la detuvo por un brazo.

—No. Tú quieta aquí —ordenó—. Vamos a ver, amigo —se dirigió al agente.

La puerta del despacho estaba apenas sujeta por sus goznes. La

estancia aparecía completamente destrozada y la mesa convertida en astillas. Al otro lado, tendido en el suelo, se veía un sangriento despojo.

Boulthom había muerto instantáneamente, destrozado por la potencia de la explosión, cuyo origen no supo descifrar ninguno de los presentes.

* * *

Los camilleros se llevaron su fúnebre carga. El médico que había reconocido los restos de Boulthom había propinado un sedante a la viuda, la cual dormía ahora en su cuarto.

Jill y Hollister estaban en el salón. Fox esperó a que los camilleros hubieran salido y entonces se encaminó hacia la estancia.

Jill se puso en pie al verle.

—¿Qué ha sido, Jim? —pregunto.

—Una granada de mano.

La joven le miró estúpidamente. Hollister emitió una sonora interjección.

—¿Una... bomba... de... mano...? —tartamudeó Jill.

—Así como lo oyen —confirmó Fox—. Los expertos han hecho un primer reconocimiento, el que, aunque somero, no deja lugar a dudas. Hay abundantes rastros de metralla en las paredes y madera de los muebles, además de las quemaduras inconfundibles que produce el T.N.T.

—Pero, ¿cómo le pudieron colocar esa granada ahí? —preguntó Hollister, atónito—. Y, sobre todo, para que estallara en el momento exacto.

Fox sonrió de mala gana.

—La trampa, en sí, es lo de menos. Lo importante es cómo pudo entrar Braddalon en la casa, sin ser advertido. Eso es lo que no conseguimos explicarnos.

—Tal vez ayer por la noche —sugirió Jill.

—¿Y dónde se iba a haber escondido mientras tanto? —preguntó Fox.

—¿Esconderse? Entraría en la casa, colocó la trampa y se marchó, eso creo yo —dijo la joven—. Pero, en todo caso, pudo haber esperado afuera horas y horas hasta conseguir penetrar en el despacho y colocar la bomba... ¿Cómo fue que la hizo explotar tan

oportunamente?

—Sencillamente, quitó la anilla y dejó la granada sujeta con algún pequeño peso, de modo que no se disparase la palanca de seguridad. Cuando Boulthom tiró del cajón hacia sí, el peso cayó y la bomba estalló, destrozándole. Una explosión semejante, a menos de un metro y a la altura del pecho, es fatal.

Hollister se pasó una mano por la cara.

—Ese hombre está empeñado en terminar con todos nosotros —dijo al fin, acometido por un temblor convulsivo—. Y como ustedes no actúen pronto, lo conseguirá.

—¿Cree que también intentará matarle a usted? —inquirió Fox.

—Y a Jill. Y, si me apura mucho, también a Joan. Está ciego, obsesionado por su venganza...

—Y ayudado ahora, además, por una mujer —exclamó Jill—. Los dos pueden llegar a ser una combinación terrible, ¿no cree?

Fox asintió en silencio.

Sí, Jill Oakland tenía razón.

—A Braddalon le es difícil cambiar de aspecto, pero Felicia puede hacerlo con toda facilidad —dijo al cabo—. Basta para ello que se ponga unas ropas más vistosas que las que usa habitualmente, que se tiña el pelo y que se quite las gafas. No habría quien la reconociera en absoluto.

—Sí, pero, ¿qué es lo que haría Felicia con otro aspecto? —quiso saber Jill.

—Imagino que los dos deben de estar escondidos en alguna parte. Felicia sacó todos sus ahorros del banco. Necesariamente, han de comer y él no podría salir a comprar con la cara que tiene actualmente. Por lo tanto, esta es una labor de la cual solo se puede encargar su antigua secretaria.

—Y, mientras tanto, planean su nuevo crimen, porque Braddalon la habrá convencido a ella de que debe ayudarle —dijo Hollister rabiosamente.

—Jim, tienen que hacer algo para evitar que ese loco cometa otro asesinato —exclamó Jill con vehemencia—. Armin o yo podemos ser el siguiente en su lista mortífera.

—Nos esforzaremos al máximo —prometió Fox—. Haré que mis hombres investiguen todos los hoteles, pensiones y casas donde alquilan habitaciones. Una pareja como los dos, por mucho empeño

que pongan, no pueden pasar desapercibidos. Les encontraremos, ya lo verán —terminó el joven.

Pero, en su interior, dudaba mucho de la afirmación que acababa de hacer.

## CAPÍTULO X

Jim Fox madrugó al día siguiente. Lo primero que hizo fue encaminarse de nuevo a casa de Boulthom.

La viuda estaba aún en la cama, atendida por una enfermera profesional. Ella fue quien abrió al joven.

—Soy el teniente Fox —se presentó él—. Necesito hablar con la señora Boulthom.

—Pase, teniente —accedió la enfermera—. Pero no la atosigue mucho; ha sufrido una tremenda impresión.

—Desde luego.

La enfermera salió. Recostada sobre un montón de almohadones, Joan dirigió a Fox una mirada quejumbrosa.

—Teniente, ¡fue tan horrible! —gimió.

—Lo comprendo, señora —dijo Fox, avanzando hacia el lecho—. Permítame que le exprese mi sincera condolencia. Para usted, presumo, ha debido constituir una terrible pérdida.

—No se lo puede usted figurar —dijo ella, volviendo la cabeza a un lado—. La gente podrá acusarme de coqueta, vana, frívola... lo único que sucedía era que soy joven todavía y me gustaba expansionarme. Pero amaba a Hoffy sinceramente, se lo juro.

—La creo a usted, señora. Y por anticipado le pido excusas por las molestias que pueda ocasionarle.

—Usted cumple con su deber, teniente. Hágame las preguntas que estime necesarias.

—Muchas gracias —Fox reflexionó unos momentos antes de decir —: ¿No oyeron ustedes ningún ruido extraño la noche precedente?

—No, en absoluto.

—Las ventanas del despacho están a metro y medio del suelo del jardín. ¿Cree usted que Braddalon pudo entrar por allí? ¿No hay otro sitio, además de las puertas, naturalmente, por donde hubiera podido penetrar en el edificio?

—Tal vez por la carbonera que cae al sótano. Pero ahora no usamos la calefacción y el sótano está cerrado con llave.

—Tuvo que usar la ventana, sí —convino el joven meditabundamente—. Lo malo es que la explosión se llevó las

huellas que hubiera podido dejar.

—Usaría guantes —sugirió Joan.

—Para un sujeto como Braddalon, eso debe ser elemental. También en la fotografía que le impresionaron cuando mató a Rances usaba guantes.

—No sé cómo lo hizo, pero el caso es que Hoffy murió. ¡Tienen que castigarlo, teniente!

—Descuide usted, señora. Braddalon purgará sus crímenes apenas le hayamos aprehendido. Costará un poco, pero… —Fox esbozó una sonrisa de circunstancias—. Debieron llevarse un tremendo susto cuando sonó la explosión.

—Figúrese. Al señor Hollister se le cayó la botella que tenía en las manos. Luego, el policía de vigilancia entró, anunció lo que había sucedido y yo me desmayé en el acto.

Fox pensó que Joan Boulthom era muy propensa a los desmayos. Y, sin embargo, parecía una mujer fuerte y saludable. Quizá los fingía solamente, para evadirse por algunos momentos de una dura realidad.

—Jill también se llevó una gran impresión, creo —añadió Joan —. Temblaba como hoja seca, aunque, en el fondo, casi tuvo ella la culpa.

—¿Por qué? —preguntó Fox, vivamente.

—Vino a pedirle algo a mi marido y eso fue lo que le hizo ir al despacho. Claro que un día u otro habría tenido que abrir ese cajón…

—¿Qué le pidió Jill a su esposo?

—Dinero.

Fox se sorprendió.

—¿Dinero? Pero ella es rica, creo.

—Sí. No obstante, posee una buena participación en los negocios de mi esposo. Tenía perfecto derecho a pedirle ese dinero.

—¿Sabe usted cuánto?

—Veinticinco mil.

—Un bonito pellizco, evidentemente.

—Era parte de las utilidades de este año, un anticipo, claro.

—Comprendo. —Fox sonrió—. Bien, no quiero molestarla más, señora. Deseo que se mejore pronto y… procure ser fuerte y animosa.

—Gracias, teniente.

Fox salió de la habitación y dio las gracias a la enfermera. Al bajar a la planta, se encontró con Dalia.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó el joven.

—Husmeando —respondió ella con abierta sonrisa. Estaba junto a la destrozada puerta del despacho—. ¡Caramba, parece una escena de guerra! ¡Cómo ha quedado ese cuarto!

—Imagíneselo, después de explotar una bomba de mano.

—La puso Braddalon, ¿eh?

—¿Y quién, si no?

—Fue muy astuto. ¿No advirtieron nada sus agentes?

—Por lo visto, no. De otro modo, habrían tratado de detenerlo.

Fox entró de repente en el cuarto y se asomó a la ventana más próxima a la mesa de despacho, que aparecía en un rincón, convertida en astillas.

La ventana estaba asimismo destrozada y sin un vidrio sano, lo mismo que la otra. Fox se inclinó y miró hacia abajo.

—Ayer, empezó a llover por la mañana y estuvo cayendo agua todo el día —observó—. Puesto que Braddalon colocó la bomba durante la noche precedente, es lógico pensar, y comprobar, que la lluvia, cayendo incesantemente durante tantas horas, haya borrado las huellas de sus pisadas.

—Aunque las hubiera, no por ello solucionaría usted nada —manifestó Dalia—. Sabemos que es Braddalon, lo que ignoramos es su paradero.

—Mis agentes están rastrillando la ciudad. Hasta el momento, no hemos obtenido ningún progreso —confesó Fox, retirándose de la ventana desalentado.

Miró a la muchacha durante un instante.

—Usted ha sido amiga de Felicia durante año y medio. ¿No se le ocurre algún lugar donde hayan podido esconderse?

—Lo siento, Jim —contestó ella, meneando la cabeza con gesto significativo.

—En fin —suspiró él—, otro motivo más para consumir aspirinas a chorro. ¿Se queda o ha venido a hacerle una entrevista a la viuda?

—La enfermera ha rechazado enérgicamente mis pretensiones —dijo Dalia—. Me conformaré con lo que me diga usted.

Caminaron hacia la salida,

—Poco más o menos, lo que ha podido leer en los periódicos matutinos. Estaban los cuatro juntos, Jill pidió dinero a Boulthom, este fue a su despacho, en busca del libro de cheques...

—¿Cómo ha dicho, Jim? —se extrañó la muchacha—. ¿Que Jill pidió dinero al muerto?

—Eso es lo que me ha dicho la viuda —respondió él—. Por lo visto, Jill posee una importante participación en las empresas que fueron de Boulthom.

—¡Vaya! Es la primera noticia que tengo acerca del particular.

—Lo mismo me sucede a mí —dijo Fox, abriendo la portezuela del automóvil—. ¿A dónde quiere que la lleve?

—A desayunar. Tomé esta mañana una simple taza de café y tengo el estómago vacío.

—Peor lo tendría si hubiese visto a Boulthom después de muerto.

—¡Calle, Jim, por Dios! —se estremeció ella.

* * *

Al día siguiente, Armin Hollister llamó al joven por teléfono.

—¡Teniente Fox!

—Yo mismo —contestó el policía—. ¿En qué puedo servirle?

Se dio cuenta de la nota de nerviosismo que latía en la voz de Hollister.

—He recibido una fotografía de Braddalon. Amenaza con matarme —dijo Hollister casi a gritos—. ¡Tienen que protegerme o me asesinará!

—¡Cálmese, señor Hollister! —aconsejó el joven—. ¿Dónde está usted ahora?

—En mi casa...

—Deme la dirección, por favor.

Fox la tenía anotada, pero hubiese perdido más tiempo buscándola que solicitándola directamente de Hollister.

—Eso es una casa de apartamientos, según tengo entendido —dijo.

—Sí. Mi piso es el decimoquinto... ¡Por favor, envíenme protección cuanto antes!

Hollister estaba al borde del pánico absoluto.

—Ahora mismo enviaremos un aviso radiado a la patrulla más próxima. Luego destacaremos un agente para que le proteja en todo

momento.

—Por favor, no tarden —gimió Hollister.

Fox colgó el teléfono de mal talante.

—¿Es que ese maldito Braddalon se propone exterminar a media ciudad? —masculló, mientras volvía a llamar por el teléfono conectado con la central de radio de la Policía.

Una vez hubo dado la orden, se puso en pie, agarró su sombrero y se dirigió hacia la puerta. Al salir, chocó violentamente con Dalia Eberhand.

Fox estiró el brazo y agarró un hombro de la muchacha. Esto impidió que Dalia cayera al suelo.

—¡Eh! ¿Adónde va usted tan deprisa? ¡Parece un búfalo desmandado! —protestó la muchacha, luchando por recobrar el equilibrio.

—Braddalon ha vuelto a hacer una de las suyas —rezongó el joven.

—¿Ha matado a alguien más?

—No, pero ahora le ha tocado la china a Hollister. Acaba de recibir una amenaza idéntica a la que recibió Boulthom.

—Voy con usted —decidió Dalia, sin pensárselo por segunda vez.

Los dos jóvenes salieron del edificio. Dalia tenía su coche estacionado ante la puerta, pero usó el del policía.

Fox se abrió paso entre la densa circulación, usando pródigamente la sirena. Pocos minutos más tarde, detenía el vehículo ante el edificio donde residía Hollister.

Ya había un coche de patrulla parado junto a la acera. El policía de servicio le informó que todo iba bien y que su compañero estaba arriba, junto con el señor Hollister.

Fox y Dalia entraron en el ascensor. Medio minuto después, llamaban a la puerta del piso de Hollister.

Abrió el policía, revólver en mano. Fox se había imaginado algo por el estilo y enseñó su placa.

—Soy el teniente Fox —dijo.

—Pase, señor. El señor Hollister está ahí adentro, telefoneando.

La pareja cruzó el umbral. Hollister se hallaba en pie, junto a una mesa, con el teléfono pegado a la oreja.

—Sí... ese miserable me ha amenazado a mí también... Está loco, sediento de sangre... —decía en aquellos instantes—. He llamado al

teniente Fox... Ah, aquí entra en este momento. Seguiremos luego, querida.

Y colgó atropelladamente, para, un segundo después, arrojarse casi en brazos del policía.

—Teniente, Braddalon es un sádico. ¿Qué puedo hacer yo para escapar a su venganza? —gimió—. Y todo porque me enamoré de su prometida... de la mujer que él me arrebató primero...

Fox sujetó al aterrorizado individuo.

—Cálmese, señor Hollister —dijo—. Tendrá toda la protección precisa, un batallón entero de policías, si es necesario. Pero no pierda la serenidad bajo ningún concepto. Dalia, ¿quiere preparar una copa?

—Con mucho gusto —respondió la muchacha.

—¿Dónde está el mensaje amenazador? —preguntó el joven.

Hollister se lo entregó. Era idéntico al que había recibido el difunto Boulthom.

Mientras Fox examinaba la fotografía y la carta, Dalia llenaba una copa. Hollister sorbió su contenido ávidamente.

—Está bien —dijo Fox, guardando en el bolsillo sobre, fotografía y carta—. Un agente está en camino y le protegerá día y noche. La situación de este edificio es muy distinta de la residencia de Boulthom. Allí había un jardín, varias puertas... Aquí solo hay una puerta y en todo momento estará vigilado y nadie entrará en su apartamiento que no sea conocido o sin su propio permiso. ¿Está usted satisfecho, señor Hollister?

El hombre pareció sentirse algo más aliviado.

—Desde luego, teniente. Pero...

Hollister se interrumpió.

—¿Qué iba usted a decirme? —preguntó Fox.

—¿Significa eso que habré de estar encerrado en casa sin salir, teniente?

—Le recomiendo que lo haga así —aconsejó el joven—. Serán unos días de encierro, mientras proseguimos las pesquisas para dar con Braddalon.

Hollister se mordió los labios.

—Tenía un importante negocio que atender —se quejó.

—En estos momentos, ningún negocio es más importante que su propia vida —afirmó el policía con acento rotundo.

## CAPÍTULO XI

En la puerta del edificio, Fox se puso un cigarrillo en la boca y lo encendió, aspirando el humo con visible placer.

—¿Qué opina usted de todo esto, Dalia? —preguntó.

—Solo una cosa, Jim. Muy extraña, por cierto —repuso la muchacha.

—Usted dirá.

—Es referente a Felicia. Está enamorada de Braddalon, según parece.

—¿Y bien?

—He aprendido a conocer a las personas bastante bien y, en el presente caso, Felicia no constituye una excepción para mí. Era una chica —es, supongo—, introvertida y reservada, lo cual no quiere decir que cuando llegaba a casa se encerrase en una mudez absoluta.

—¿Qué es lo que trata de decirme? —preguntó Fox, intrigado.

—Solo una cosa, Jim —declaró Dalia—. Felicia ha podido enamorarse de Braddalon, no lo niego, incluso lo afirmo. Pero es de una rectitud moral y de una honestidad tales, que por muy enamorada que estuviera, no ayudaría jamás a quitar la vida a un semejante. Aunque Braddalon tuviese toda la razón del mundo. Felicia podría dar la vida por el hombre a quien amase y se sentiría inmensamente feliz haciéndolo, pero no sería cómplice ni para robar siquiera un dólar.

—¡Pero ha desaparecido y está con él! —alegó Fox.

Dalia le miró fijamente.

—Jim, ¿estamos seguros de que fue Braddalon el que cometió esos dos asesinatos? —dijo, muy seria.

—Usted misma le impresionó una fotografía, ¿no?

La muchacha asintió. Su rostro tenía una expresión concentrada.

—Sí. Y le vi, además, aunque solo durante fracciones de segundo. En cambio, nadie le vio cuando puso la bomba en el despacho de Boulthom.

—Eso es cierto, pero ¿quién podría haberlo hecho sino él?

—Tal vez Joan Boulthom quiso aprovecharse y deshacerse de un

marido maduro y rico. Ella no ha cumplido aún los cuarenta años y está de muy buen ver. El negocio rinde millones y…

Fox se acarició la mandíbula pensativamente.

—Eso me recuerda una cosa —dijo de pronto.

—¿Qué, Jim?

—Lo siento, pero voy a hacer una visita y me conviene ir solo —sonrió al ver la cara de decepción que ponía la chica—. Tome un taxi y vaya a la puerta de Jefatura a recoger su auto. Puede cargar los gastos a la cuenta de la revista.

—¿A quién va a ver? —preguntó Dalia—. Es lo menos que puede hacer, ya que no quiere que le acompañe.

—A Jill Oakland —contestó él, al mismo tiempo que abría la portezuela de su coche.

Arrancó y, media hora después, pulsaba el timbre de la puerta de la lujosa mansión de Jill.

Una uniformada sirvienta de color acudió a abrirle. El joven dio su nombre y expresó sus deseos de hablar con la dueña de la casa.

—Pase «usté, señó» —dijo la doncella—. La «zeñorita» Jill está en el garaje. Iré a avisarle inmediatamente.

—¿En el garaje? —se sorprendió el joven—. ¿Qué hace allí?

—Avisó al mecánico, «señó». Hay algo que le anda mal en su coche, pero no me pregunte «usté», yo de los coches solo sé que atropellan a la gente.

La doncella se alejó con gran contoneo de caderas. Fox sonrió y meneó la cabeza, divertido por el curioso comentario que acababa de escuchar.

Unos momentos más tarde, llegó Jill. Traía un pequeño tiznón de grasa en la cara y su sonrisa era brillante y acogedora.

—Celebro tenerle en casa, Jim —saludó, estrechándole la mano firmemente—. ¿Qué le ocurre ahora?

—Se me ocurrió que tal vez usted podría invitarme a una copa, si no teme delinquir al ofrecérsela a un policía en acto de servicio —contestó él.

—Claro que sí —respondió Jill—. Venga conmigo al bar. Le pondré lo que le apetezca y luego me someteré al fuego graneado de sus preguntas.

Era hermosa, perturbadoramente hermosa, pensó Fox, mientras caminaba detrás de la joven. Jill vestía escotadísima blusa roja,

anudada a la altura del estómago, con mangas muy cortas, y pantalones negros, estrechamente ceñidos a sus esbeltas piernas.

El bar estaba en un saloncito inmediato. Jill pasó detrás del mostrador y le preguntó por sus preferencias.

—Escocés, con dos dedos de agua —pidió él.

—Yo me serviré lo mismo —sonrió la joven.

Le entregó un vaso y levantó el suyo.

—Porque encuentre pronto a Braddalon —deseó.

—Gracias. Resultará difícil, pero lo conseguiremos.

—Mejor así. Bien, Jim, ¿qué tenía usted que preguntarme?

—Se refiere a la visita que hizo usted el día en que murió Boulthom.

—¿Y…?

—Usted le pidió veinticinco mil dólares.

—Es cierto. No tengo por qué negarlo.

—Joan me informó que usted posee una importante participación en las empresas que una vez fueron de su antiguo prometido.

—Lo confieso —sonrió Jill—. ¿Es algún pecado?

—No, pero me extraña que fuese a pedirle dinero a Boulthom a su propio domicilio.

—¿Por qué le extraña, Jim? —quiso saber ella.

—Bien, tengo entendido que usted posee una saneada fortuna. ¿No es así?

La joven contempló durante unos momentos el fondo de su vaso.

—Jim, tengo que confesarle una cosa —dijo con grave acento—. A usted se lo puedo decir, porque no es federal ni pertenece a la Tesorería. Le pedí ese dinero a Boulthom por… cuestión de impuestos, ¿comprende?

—Sí —dijo él. La respuesta parecía lógica—. Joan me dijo que fue un anticipo a cuenta de los beneficios del año actual, que le serían descontados al hacer el balance anual correspondiente.

—En efecto. Si quiere que le diga la verdad, yo ya llevo gastado demasiado dinero, en cosas personales, por supuesto, y al hacer la declaración anual de impuestos podría verme en un aprieto. Por eso gasto lo del año venidero… lo iba a gastar, mejor dicho, puesto que Boulthom ha muerto.

—Pero habrá alguien que ocupe su lugar —alegó el joven.

—Estoy tratando de conseguir que sea mi prometido —manifestó

ella—. Lo haré presidente en el próximo consejo de administración.

—¿Hollister dirigirá sus empresas?

—Mías, no —rectificó ella con una sonrisa—. También Joan tiene una parte importante, como heredera de Hoffy, además, de algunas otras personas con participaciones importantes, que no alcanzan al quince por ciento en total.

—¿A cuánto asciende su participación, Jill?

Ella se echó a reír.

—¡Oh, Jim, parece usted un recaudador de impuestos! Poseo un cuarenta y ocho por ciento.

—Eso no le da el control total del negocio. ¿Piensa conseguirlo?

—Si puedo —contestó ella en el acto.

Fox terminó su vaso.

—Por lo que veo, es usted mujer de negocios, además de hermosa. Dos cualidades que se combinan raramente.

Ella agradeció la galantería con una leve inclinación de cabeza.

—Cuando me case con Armin, le traspasaré todas esas preocupaciones. Yo me dedicaré única y exclusivamente a ser ama de casa.

—La felicito, Jill —Fox sacó cigarrillos y ella alargó un gran encendedor, de forma rectangular y alargado, para prenderle el cigarrillo—. Gracias. No le ofrecí de fumar.

—No tengo ganas en este momento. ¿Sabe? Me siento preocupada, Jim.

—Por su coche, claro.

—Oh, no; lo del coche es cosa de poca monta. El mecánico lo está revisando. Me refería a Armin.

—Está bien protegido. No debe sentir cuidados por él.

—Braddalon es muy astuto. Siempre lo fue en todo, en los negocios y en el amor.

—Pero la empresa marchaba mal cuando sufrió aquel accidente.

—Porque se había preocupado poco de su dirección. Pero me había prometido enmendarse y estoy segura de que hubiera conseguido enderezar el rumbo de la nave.

Jill suspiró y, al hacerlo, su opulento pechó dilató la blusa roja.

—Ahora es un amargado y un resentido. Perdió su belleza masculina... y apenas tiene dinero.

—Medio millón de dólares no es ninguna fruslería.

—Lo es, en comparación con lo que llegó a tener.

Fox aplastó el cigarrillo contra el cenicero.

—Está bien, ya no tengo nada más que preguntarle, Jill. Ah, se me olvidaba; ahora, llamaré para que la protejan a usted también.

—Walter no me ha amenazado.

—Eso no importa. Usted va a casarse con Armin. Cuando un hombre llega a ese estado de ánimo, se siente resentido y frustrado, y trata de causar el mayor mal posible a las personas que cree causaron su desdicha. Pensará que Hollister y usted van a ser felices y…

Jill se estremeció fuertemente.

—De todas formas, sabré defenderme —declaró.

Se inclinó levemente y extrajo un revólver del interior de la barra.

—Si le veo, tiraré a matar en el acto —afirmó. Y luego se metió el arma entre el pantalón y la carne—. ¡Qué frío está el metal! —se quejó riendo.

—A pesar de todo, insisto en que la protejan, Jill —dijo Fox—. ¿Dónde tiene el teléfono?

Jill se lo indicó. Cuando el joven hubo terminado de hablar, le miró y sonrió.

—Es usted un tipo apuesto y atractivo —alabó—. Estoy segura de que esa linda periodista está chiflada por usted.

Fox se puso colorado hasta las orejas.

—Somos simplemente buenos amigos —contestó.

—Acabarán en algo más —aseguró la joven, riendo—. Y entonces me sentiré satisfecha de hacerles un buen regalo de boda.

—No precipite los acontecimientos —sonrió el joven. Estrechó la mano de la joven y se marchó.

Joan Boulthom le llamó dos días después.

—¿Podría usted venir a verme a mi casa, teniente? —preguntó la mujer.

—Desde luego, señora Boulthom.

Joan le esperaba en el saloncito de recibo de su casa, envuelta en una aureola de sufrimiento soportado con dignidad y valentía. Apenas tenía maquillaje en el rostro y su cuerpo aún atractivo estaba cubierto por un severo traje gris oscuro, sin escote y sin mangas.

—Siéntese, teniente —le invitó la viuda al verle entrar.

Joan preparó dos copas y le ofreció una, aunque ella apenas si mojó los labios en el contenido de la suya. Fox se preguntó qué tendría que decirle la hermosa mujer.

—Ayer estuvo a verme Jill Oakland —dijo Joan por fin.

—¿Y...?

—Ella posee el cuarenta y ocho por ciento de las acciones del negocio. Quiere el control total de la empresa.

—No me extraña. Me anunció que lo intentaría. Y, ¿cuál ha sido su respuesta, señora Boulthom?

—Negativa.

—Pero no veo por qué me ha llamado solamente para hablarme de una cuestión meramente comercial —dijo Fox.

—Es que temo que Jill me asesine, al negarme a vender mis acciones. Ya ve usted, el pobre Hoffy murió apenas hace tres días y ella ya quiere apoderarse totalmente del negocio. Como sea —concluyó Joan, con acento intencionado.

El joven rio suavemente.

—Vamos, señora Boulthom. Yo no creo que Jill intente matarla a usted solo por una cuestión económica. Aunque lo hiciera, no conseguiría esas acciones. Pararían a los herederos de usted de la misma forma que la fortuna de su esposo ha pasado a sus manos, ¿La amenazó verbalmente con matarla si no accedía a sus pretensiones?

—No, pero su acento, su expresión...

—Señora permítame que le diga que no puedo hacer nada en este caso. No se han proferido amenazas ni han atentado contra usted. Tal vez está sobreexcitada por lo que le ha ocurrido a su esposo, pero si es así, y para tranquilizarla, pondré un hombre de vigilancia...

—También había agentes de vigilancia y mi marido murió —exclamó Joan vivamente.

Fox captó la nota de reproche que latía en las palabras de la mujer.

—Lo siento. Fue algo que no pudimos prever en absoluto —dijo.

—Está bien. Mándeme a ese hombre. Pero no me extrañaría nada que Jill intentase deshacerse de mí.

El joven se dio cuenta de que Joan estaba amedrentada. Trató de

calmarla con buenas palabras y al cabo de un rato, se marchó de la casa, maldiciendo aquella nueva complicación que acababa de presentársele.

Mientras regresaba a la Jefatura, se preguntó si todo lo que le había dicho la mujer no sería una ficción, destinada a engañarle. ¿Y si era ella la que quería asesinar a Jill y pretendía cubrirse con unas veladas amenazas de muerte, a fin de tener una justificación en lo sucesivo?

Hablaría con Jill por teléfono apenas llegase a su despacho, se prometió a sí mismo, ignorante de que en aquellos momentos el cuerpo de Armin Hollister caía de lleno en el campo visual de la mira telescópica de un rifle.

## CAPÍTULO XII

Armin Hollister se paseaba nerviosamente por la habitación. El agente de vigilancia se asomó a la puerta.

—¿Necesita algo de mí? —preguntó.

—No, nada, muchas gracias —contestó Hollister con cierta brusquedad.

El policía sonrió.

—Todo va bien, señor Hollister —dijo—. No hay motivos de preocupación —y se retiró, cerrando la puerta.

Sentóse en un cómodo butacón, sacó un lápiz y se puso a desentrañar el crucigrama que traía el periódico del día, a fin de matar el aburrimiento.

Su revólver estaba en la funda axilar, listo para abrir fuego en cualquier momento. Él se hallaba frente a la puerta de entrada al piso y la puerta se hallaba cerrada con doble vuelta de llave y cadena de seguridad. A quince pisos de altura, no había posibilidades de que el asesino pudiese llegar hasta allí sin ser capturado o muerto inmediatamente.

En la habitación contigua, Hollister cesó en sus paseos. Estuvo en pie, meditando durante unos momentos, y luego se sentó en un sillón.

Había reflexionado profundamente durante los últimos días. Al fin, tras prolongadas dudas, había llegado a una conclusión.

Braddalon había matado a Rances, de ello no cabía la menor duda.

Pero ya se le hacía más difícil creer que fuese Braddalon el autor de la colocación de la bomba. Empezaba a sospechar quién había sido.

¿Le creería la policía?, se preguntó, atormentado por las dudas.

En aquellos instantes, su pecho estaba en la intersección de las dos líneas que constituían la cruz filar de un telescopio de puntería. Naturalmente, Hollister lo ignoraba.

Ignoraba asimismo que el rifle estaba provisto de silenciador. De repente, se decidió a llamar a Fox y contarle todo lo que sabía.

La bala partió en aquel instante.

Hollister sintió como si le traspasasen el cuerpo con una barra de hierro candente. Quiso gritar, pero se había quedado sin aliento.

Estiró la mano hacia el teléfono. Otra bala llegó y le perforó el cráneo, arrebatándole el conocimiento, y la vida, instantáneamente.

Su cabeza se dobló a un lado. Los brazos se apoyaron en el respaldo del sillón y, mientras la pierna derecha quedaba doblada, la izquierda se estiraba lentamente.

Al cabo de un rato, el agente de vigilancia notó un silencio extraño en la habitación contigua. Los paseos de Hollister habían cesado.

Dejó el periódico a un lado y guardó el lápiz.

—Voy a charlar con él —se dijo—. Así calmaré un poco sus nervios.

Se puso en pie, cruzó la estancia y abrió la puerta.

—Está dormido —sonrió.

Pero casi en el acto divisó la mancha de sangre que tenía en el pecho.

—¡Maldición! —juró, precipitándose hacia Hollister.

Un segundo después comprendía que ya no podía, hacer nada por el individuo.

Miró en torno suyo, desconcertado. ¿Cómo era posible…?

Los dos orificios redondos, ligeramente estrellados, que había en el cristal de la ventana, le dijeron inmediatamente la forma en que se había producido la muerte de Hollister.

Dio un salto y se abalanzó sobre el teléfono. ¡Cielos, la que se iba a armar después de que se conociese la noticia!

* * *

Con ceño sombrío, Fox estudió la posición del cuerpo en relación con los orificios de las balas y trazó una línea imaginaria hasta el edificio frontero.

—Los prismáticos —pidió.

Alguien le entregó un par de gemelos. Fox estudió la ventana desde la cual habían partido los disparos y tomó buena nota de su situación.

—Voy a interrogar al conserje de la casa —anunció.

Dalia entraba en aquellos momentos. Estaba muy pálida.

—Jim —dijo solamente.

—Braddalon ha cumplido su palabra —dijo él sombríamente.

—Sí. Me he enterado —declaró la muchacha—. Fui a verle a la Jefatura y… ¿A dónde va usted?

—A la casa de enfrente.

Dalia se emparejó con el joven. Fox no opuso la menor resistencia.

—¿Cómo ha sido? —preguntó ella, una vez que estuvieron dentro del ascensor.

—Un rifle con mira telescópica y, posiblemente también, silenciador, puesto que nadie oyó los estampidos de los disparos.

—No se nos ocurrió pensar en ese procedimiento, ¿eh?

Las palabras de Dalia no encerraban ninguna ironía, aunque pudiera parecerlo.

—Confieso que sí se me pasó por las mientes semejante posibilidad —respondió Fox—. Pero la deseche, porque no creí que Braddalon pudiera llevar a efecto sus propósitos. Además, el apartamiento de Hollister es visible desde al menos una docena de ventanas del rascacielos frontero. ¿Cómo hubiera podido vigilarlas todas?

—En eso tiene usted razón —convino la muchacha.

Momentos después cruzaban la calle. El joven se encaró con el conserje del edificio, un sujeto de cierta edad y aspecto temeroso, que dijo llamarse Lake.

—¿Tienen ustedes algún apartamiento desalquilado en el piso decimosexto? —preguntó.

—No, señor; todos los pisos de esa planta están alquilados —respondió el hombre.

—¿Seguro? —insistió Fox.

—Segurísimo, teniente.

—¿Tiene usted a mano la nota de los inquilinos de esa planta?

—Desde luego.

El conserje entró en un cuarto y salió a poco con un libro en las manos. Empezó a leer nombres, hasta que pronunció uno que llamó la atención del joven.

—William Bradd, apartamiento 16, C.

—¡William Bradd! —resopló Fox—. ¡Las iniciales corresponden con las del asesino y casi también el segundo apellido!

Dalia estaba igualmente asombrada.

—¿Conoce usted al señor Bradd? —preguntó el joven.

—Oh, no, no le he visto todavía —repuso Lake.

—Entonces, ¿quién firmó el contrato de alquiler?

—Una mujer, teniente.

El asombro de Fox crecía a medida que Lake contestaba a sus preguntas.

—Descríbame a esa mujer, señor Lake —pidió.

—Bien, no podría decirle gran cosa de ella… Era joven, me pareció esbelta, poco maquillada y con unas grandes gafas negras…

Dalia se mordió los labios. Casi estaba a punto de echarse a llorar.

—Felicia —murmuró, abatida.

—Traía un maletín en la mano, de forma alargada —siguió Lake.

—Y dentro debía ir el rifle —mascculló el joven—. Necesito ver el apartamiento 16, C, señor Lake.

—Por supuesto, teniente.

Los tres entraron en el ascensor. Momentos más tarde, Lake abría la puerta del piso.

—Los alquilamos amueblados —explicó el conserje, echándose a un lado para dejar paso a la pareja.

Fox se encaminó directamente hacia la ventana desde la cual se habían hecho los disparos mortíferos. Las cortinas estaban casi completamente cerradas y eran muy espesas.

—Braddalon se apostó aquí detrás —dijo Fox, tras unos segundos de atento examen—. De este modo, solo asomaba la boca del rifle, que debía estar seguramente provisto de silenciador, lo que explica que nadie haya escuchado las detonaciones.

—El argumento es lógico —declaró Dalia—, solo que tiene un fallo.

—¿Cuál? —preguntó Fox.

Dalia se volvió hacia el conserje.

—Por favor, señor Lake.

El hombre se les aproximó.

—¿Señorita?

—Usted afirma que el apartamiento estaba a nombre de William Bradd.

—Sí, señorita.

—No obstante lo cual el contrato fue firmado por una mujer,

actuando en nombre de dicho señor.

—En efecto. Suele ser corriente —respondió Lake.

—A ella la habrá visto varias veces, naturalmente.

—Oh, no. Solo dos; el día en que firmó el contrato y hoy.

—¿Traía algún objeto pesado o voluminoso en la mano? ¿A hoy me refiero?

—Yo solo le vi el bolso, señorita. Pero el día en que firmó el contrato...

—Sí, ya ha dicho que traía un maletín de forma alargada. ¿Lo dejó aquí?

—Sí. Abonó tres meses de alquiler adelantado y dijo que el señor Bradd vendría a instalarse uno de estos días. Pero, la verdad, nadie se me ha presentado aún bajo el nombre de William Bradd —declaró el conserje.

Dalia abrió su bolso y extrajo una copia de la fotografía que había impresionado el día de la muerte de Rances.

—Bradd es este hombre. ¿Le ha visto alguna vez?

Lake pegó un respingo.

—¡Jesús! ¡Parece un monstruo! No, no le he visto nunca. Un tipo semejante no se me habría pasado desapercibido en ningún momento, pueden estar seguros de ello.

—¿Ni siquiera con gafas negras y bigote? —apuntó Fox esperanzadamente.

—No, en absoluto —dijo Lake, muy seguro de sí mismo.

Dalia se volvió hacia el joven.

—Braddalon no ha sido, Jim —afirmó.

—Pero, ¿cómo...? ¡Es imposible! —aseguró él—. Yo no dudo de la honorabilidad del señor Lake, pero Braddalon se le ha podido pasar desapercibido en algún momento.

—¿Incluso recién hecho el disparo? El agente que vigilaba a Hollister, apenas dio aviso a Jefatura, cerró la puerta del piso y corrió a la calle. Vino hacia aquí, sabiendo que Braddalon trataría de escapar. Pero ya no lo encontró porque, todo lo más, se cruzó con Felicia, cuyo aspecto fisonómico ha cambiado y a la cual no supo reconocer. Felicia cruzó tranquilamente por delante del agente... si es que se cruzaron, y se marchó sin que nadie la molestara.

—Está usted acusando a su amiga —dijo Fox.

Dalia movió lentamente la cabeza.

—Lo siento, pero tuvo que ser ella, cegada por el amor que siente hacia Braddalon.

—No hace mucho afirmó rotundamente que Felicia no robaría siquiera un dólar. ¿Cómo explica, pues, que Braddalon la haya trastornado hasta el punto de hacerle cometer un asesinato? Fíjese bien, Dalia: cometer un asesinato, que es mucho más que ocultar a un asesino. ¿Cree usted a Felicia capaz de tirar del gatillo de un rifle? Y, sobre todo, ¿sabe manejarlo? Cualquiera de las dos heridas que recibió Hollister era mortal de necesidad.

—Hay en la vida de las personas aspectos que desconocemos por completo hasta que las circunstancias les obligan a revelarlos —expresó Dalia filosóficamente.

—Sí, pero en el caso de Felicia es demasiado.

—Entonces, si no ha sido ella, ¿quién?

Sobrevino un momento de silencio.

—Quedan dos sospechosos —dijo Dalia de pronto.

—Joan Boulthom y Jill —contestó el joven.

Fox sacudió la cabeza.

—No, no puede ser. Un rifle de caza no es arma para ser empleada por una mujer.

Dalia le miró de hito en hito.

—¿Es que no ha visto usted nunca a una mujer ir de «safari»? —preguntó—. Tal vez alguna de las dos lo hizo en el pasado, Jim.

—Tendríamos que investigarlo —murmuró el joven pensativamente.

—Yo examinaré los archivos de mi revista —dijo Dalia—. Esas mujeres ricas gustan de aparecer en las columnas de la prensa, ataviadas con la indumentaria del cazador que va a África a matar un león. No creo que Jill ni Joan constituyan una excepción a la regla.

—Adelantaremos más tiempo si se lo pregunto yo —manifestó el joven—. Y no podrán negarlo, si es que estuvieron alguna vez de «safari», ya que saben que tenemos medios para averiguar la verdad.

Se encaró con el conserje.

—Ahora vamos a clausurar este piso —dijo—. Usted se cuidará de que no entre ni salga nadie, salvo los expertos que vendrán a

buscar todas las huellas posibles. ¿Me ha comprendido, señor Lake?

—Sí, teniente —respondió el conserje.

# CAPÍTULO XIII

Jill Oakland y Joan Boulthom no habían estado jamás en África.

Jill estaba terriblemente abatida por la muerte de su prometido. A duras penas pudo contestar a las preguntas del joven.

Respecto a la viuda de Boulthom, Fox creyó observar en sus palabras cierta morbosa satisfacción por la muerte de Hollister. Pero el joven se dio cuenta perfecta de que Joan no había sido la autora del asesinato.

Aunque no le gustase admitirlo, tenía que concretar sus sospechas sobre Felicia Sharrey. Sin embargo, su paradero seguía siendo un misterio.

Tres días más tarde, Jill llamó al joven por teléfono.

—Venga a mi casa, Jim —rogó lacónicamente.

Fox acudió de inmediato. La propia Jill acudió a abrirle.

—¿Ha sabido algo de Braddalon? —preguntó él, apenas la vio.

—Sígame, se lo ruego.

Jill le condujo hasta el salón. Levantó una revista que había sobre una mesita y sacó un sobre, que entregó al joven.

—Ese miserable nos va a asesinar a todos —afirmó.

Antes de extraer el contenido del sobre, Fox ya sabía qué había en su interior. No le sorprendió ver la fotografía de Braddalon ni la cuartilla escrita con las amenazas.

Fox observó luego a la joven. Estaba temblando.

—Le conviene una copa, Jill —sugirió—. Voy a preparársela yo mismo.

Ella asintió. Fox se dirigió al bar y pasó al otro lado del mostrador. Jill se sentó en uno de los altos taburetes que había junto al mismo.

Fox preparó dos copas y le entregó una a la joven. Jill bebió ansiosamente su contenido.

—¿Es que ese hombre no tiene aún bastante con la sangre que ha derramado? —preguntó rabiosamente.

—Le encontraremos, Jill —afirmó Fox. Pero en su interior, no estaba seguro de lo que decía.

Jill le entregó la copa nuevamente. Fox movió la cabeza.

—Con una ya tiene bastante. El alcohol anima en ocasiones, siempre que sea en cantidades moderadas, pero cuando se pasa de la raya… bien, quiero decir que emborrachándose no solucionaría su problema.

—Tiene usted razón —convino ella.

Había sobre el mostrador una caja con cigarrillos. Nerviosamente, Jill levantó la tapa y se puso uno entre los labios.

Fox tomó el encendedor que había junto a la caja y encendió el cigarrillo. Luego tomó otro para sí.

—Ahora tiene usted un hombre de vigilancia —dijo el joven, después de la primera bocanada de humo—. Llamaré a Jefatura y pondremos cuatro, con dos perros policías, además, Cualquier extraño que pretenda llegar sea de día, sea de noche, será delatado indefectiblemente por los canes. Braddalon no cumplirá su amenaza, se lo aseguro.

Jill pareció sentirse un tanto aliviada.

—Está bien, Jim. No sabe cuánto le agradezco lo que hace en mi favor.

—Es mi obligación —respondió él—. Voy a llamar ahora mismo y me quedaré hasta que hayan venido los agentes con los canes.

A ruegos de la joven, Fox permaneció hasta que se hizo de noche. Luego de despedirse de ella, regresó a su casa.

El teléfono le despertó muy temprano a la mañana siguiente, tanto, que aún estaba dormido. Levantó el auricular, temiendo una nueva catástrofe, pero respiró aliviado al reconocer la voz de Dalia.

—Jim —llamó la periodista.

—Buenos días —contestó él, ahogando un bostezo—. ¿Le parecen estas bonitas horas para despertar a un honrado trabajador que…?

—Levántese inmediatamente, gandul —le apostrofó ella—. Voy a conducirle al sitio donde se oculta Braddalon.

Fox se sentó de un salto en la cama.

—¿Cómo lo ha sabido usted? —aulló.

—Eso no importa ahora. Le doy quince minutos para que se vista y me espere en la puerta de su casa. Vamos a hacer un viaje algo largo, unos trescientos kilómetros. En menos de cuatro horas, podemos estar frente a Braddalon… y regresar por la noche. ¡Vamos, dese prisa!

Sonó un clic. Dalia había colgado el teléfono.

Fox miró el aparato durante un segundo, preguntándose si seguía aún dormido. Pero no tardó en reaccionar y apartó a un lado las ropas de la cama.

Quince minutos más tarde se hallaba en la puerta de su casa. Dalia fue puntual.

Fox abrió la portezuela del coche y se sentó junto a la chica. Dalia arrancó de inmediato.

—¿A dónde vamos? —preguntó él.

—A Greenville. Está en la carretera que conduce a Saint Louis, ochenta kilómetros antes de llegar a esa ciudad. Felicia es de Greenville.

Fox emitió un tremendo resoplido.

—¿Cómo no se nos habrá ocurrido antes? —masculló.

—Braddalon, supongo, debió llamar a Felicia por teléfono. Los dos se reunieron y… ¿qué mejor sitio que la granja de los padres de Felicia para esconderse?

El joven meneó la cabeza. Sacó un cigarrillo y se lo puso en la boca. Luego se dispuso a encenderlo.

Hurgó en sus bolsillos y sacó un objeto que le extrañó en un principio.

—¡Caramba! —exclamó—. Jill lo echará de menos.

—¿Qué es? —preguntó Dalia sin mirarle, atenta al tránsito.

—Su encendedor. Me lo llevé anoche, sin darme cuenta.

Dalia se encogió de hombros.

—Bueno, Jill es rica y no lo echará de menos —dijo indiferentemente.

* * *

Tres horas y media más tarde, cerca de las once de la mañana, entraban en Greenville.

Un policía les indicó el camino de la granja de los Sharrey. Fox no creyó oportuno revelar su identidad todavía.

Ahora conducía él. Habían hecho un pequeño alto a mitad del camino, para tomar una taza de café y buñuelos y estirar las piernas unos momentos. La parada había durado diez minutos escasos.

La granja de los Sharrey estaba a siete kilómetros al sur de la ciudad. No tardaron en avistarla.

—Parecen gente próspera —comentó Dalia, al ver lo bien

cuidados que estaban todos los edificios.

Un hombre guiaba un tractor no lejos de la casa. Iba en mangas de camisa, con un pantalón de peto y un sombrero de paja.

En aquel momento una muchacha salía de la casa. Vestía una camisa a cuadros y pantalones azules. En las manos llevaba un bocadillo y una botella de cerveza.

Fox detuvo el coche. La chica llegaba en aquellos instantes junto al tractor.

—¿Es Felicia? —preguntó él en voz baja.

—Sí —contestó Dalia.

—¿Y él?

El tractorista saltó al suelo y enlazó a Felicia por el talle, levantándola en vilo. Luego la besó, manteniéndola todavía en el aire.

—Pues no es Braddalon —dijo Dalia, desconcertada.

Fox abrió la portezuela del auto y salió afuera. La pareja les vio en aquel momento.

—¡Dalia! —gritó Felicia.

Quiso dar un paso hacia ellos, pero el hombre la cogió por un brazo y la atrajo hacia sí.

—Quieta —ordenó.

Dalia y el policía avanzaron hacia la pareja. De pronto, Dalia exclamó:

—¡Dios mío! ¡Parece imposible! Si es...

Felicia les contempló con cierta hostilidad.

—Sí, es Walter Braddalon —confirmó—. Y yo soy ahora su esposa. Pero él no es el asesino.

Fox escrutó durante unos momentos el rostro de Braddalon, en el que se advertían ciertos cambios fisonómicos, que lo desfiguraban un tanto. Ya no era el hermoso rostro varonil de año y medio atrás, pero no tenía en absoluto el aspecto horripilante que le había quedado tras el accidente.

—¿Dónde se hizo la cirugía estética? —preguntó el joven, empezando a comprender la verdad.

—En Europa —respondió Braddalon—. Estuve año y medio fuera, hasta que el cirujano que me atendía terminó la serie de operaciones que me dejaron, si no el mismo rostro, sí uno mucho más presentable.

—A mí me gusta tal como está —declaró Felicia, apretujándose contra su esposo.

Dalia se pasó una mano por la cara.

—Estoy atontada —confesó—. Nunca lo hubiera supuesto. Tú, convertida en la señora Braddalon.

—Así es —sonrió el aludido—. Y pueden estar seguros de que es la mejor adquisición que he hecho en todos los días de mi vida.

—¿Llamó usted a la señorita Sharrey, hoy su esposa, y le dijo que había vuelto y que deseaba casarse con ella? —preguntó Fox.

—Sí —contestó Braddalon.

—¿Cuándo se enteró de que Felicia estaba enamorada de usted? —quiso saber Dalia.

—Cuando me encontraba aún en el hospital y ella vino a verme y Jill le prohibió la entrada, insultándola groseramente —declaró Braddalon—. Entonces me prometí a mí mismo que, ocurriese lo que ocurriese, no me casaría jamás con Jill.

—Pero ¿sabía ya que Felicia le amaba? —preguntó Fox.

—Bueno —sonrió Braddalon—, hubo un tiempo en que yo poseía bastante experiencia sobre las mujeres. Era imposible no darse cuenta de los sentimientos de Felicia.

—Y en cuanto te llamó por teléfono y te propuso matrimonio, tú aceptaste inmediatamente —dijo Dalia.

—Sí —respondió la aludida, mirando a su esposo con gesto arrobado.

Dalia volvió los ojos hacia el joven.

—Jim, Braddalon no ha sido el autor de los crímenes —afirmó.

—¡Pero usted obtuvo una fotografía del asesino instantes después de haber matado a Rances! —exclamó Fox, desconcertado—. Y la cara es la de Braddalon… la misma que tenía cuando le levantaron los vendajes.

Braddalon frunció el ceño.

—Teniente, alguien se ha fabricado una máscara que reproduce mis facciones y la usaba para hacerse pasar por mí —dijo.

—Sí, pero, ¿cómo se la hizo? —murmuró Fox, tremendamente desconcertado.

—¿Por qué no vamos a la casa? —sugirió Felicia—. Allí podrán tomar algo y hablaremos con más tranquilidad.

La proposición fue aceptada inmediatamente.

—Creo que no volveré más por allí —dijo Braddalon—. Esta es una nueva experiencia para mí… y me está gustando mucho.

—¿Piensa convertirse en granjero? —preguntó Fox.

—Estoy entrenándome ya —sonrió Braddalon.

—Tiene usted medio millón en el banco.

—Ya lo sé. Tal vez un día lo utilicemos para ampliar la granja. Ahora estamos en luna de miel y no tengo ganas de preocupaciones financieras.

—¿Ni aun sabiendo que fue despojado de la mayor parte de su fortuna?

Braddalon rio alegremente.

—Ahora poseo un tesoro que no cambiaría por todo el oro del mundo. Es curioso, pero casi siempre uno anda buscando la felicidad por todas partes sin encontrarla. La mía estaba en Felicia.

Entraron en la casa y saludaron a la madre de Felicia. El padre estaba ausente, en la ciudad, y los hermanos menores habían ido a la escuela.

—Ven, Dalia —dijo Felicia—. Dejemos a los hombres que hablen a solas, mientras les preparamos algo de comer.

Las dos mujeres, junto con la señora Sharrey, se fueron a la cocina. Fox sacó cigarrillos y luego el mechero.

—¡Hombre! —exclamó Braddalon de pronto—. ¿De dónde ha sacado usted eso, Fox?

El joven se sonrojó ligeramente.

—Un robo involuntario —contestó.

Braddalon tomó el encendedor en sus manos y lo examinó atentamente.

—Pues es muy parecido a uno que regalé a Jill antes del accidente —dijo—. ¡Si es el mismo! ¡Aquí están sus iniciales!

—En efecto. Me lo eché al bolsillo sin darme cuenta en casa de la señorita Oakland. Se lo devolveré apenas la vea…

Fox se interrumpió. Braddalon le miraba fijamente.

—¿Qué le ocurre? —preguntó.

—Teniente —dijo Braddalon—, ¿no se ha extrañado de ver que este mechero es un tanto anormal?

—Sí, me ha parecido un poco grande, pero nada más.

—Porque no se ha fijado bien; si no, hubiese visto que, además de encender cigarrillos, sirve para tomar fotografías. En resumen, es

una microcámara.

Fox se quedó pasmado. Hizo saltar el mechero en la palma de la mano y luego lo guardó en el bolsillo.

—Señor Braddalon —dijo—, cuando usted llamó a Felicia para casarse con ella, Rances había muerto ya.

—No. Yo la llamé el mismo día por la mañana. Fue al día siguiente cuando nos reunimos y abandonamos la ciudad.

—¡Pero usted podía haber telefoneado siquiera para decirme la verdad y evitar así los crímenes que se han cometido!

Braddalon respingó.

—Le escribimos una carta el mismo día de nuestra boda, indicándole que veníamos aquí, a la granja. Fue...

Un chiquillo de doce años entró en aquel momento, con una cartera de colegial en la mano.

—Hola, Walt —saludó desenvueltamente.

—Mike —exclamó Braddalon—, ¿dónde está la carta que Felicia y yo te dimos para que echases al correo, al día siguiente de nuestra llegada?

El chico se desconcertó.

—Pues...

De pronto, abrió la cartera y hurgó entre los libros. Miró a Braddalon con aire compungido.

—No me digas nada, Walter —habló en tono quejumbroso—. Me olvidé de ella. Aquí la tienes.

Fox apretó los labios. Por el olvido de un chiquillo habían muerto dos personas.

Braddalon comprendió los pensamientos que bullían en la mente del joven.

—No le haga a Mike ningún reproche. Boulthom y Hollister estaban destinados a morir un día u otro.

Fox asintió con lentos movimientos de cabeza.

Sí, Braddalon tenía razón.

—¿Puedo irme ya? —preguntó Mike con un hilo de voz.

El policía le acarició la cabeza.

—Sí, hijo. Anda y déjanos solos. Tu... hermano y yo tenemos mucho de qué hablar, ¿no es cierto, señor Braddalon?

—En efecto, teniente.

## CAPÍTULO XIV

Eran cerca de las diez de la noche cuando Fox entraba en la mansión de Jill.

Había avisado previamente al jefe del servicio de vigilancia, de modo que su llegada se produjo sin dificultad. Los perros fueron atraillados de nuevo y Fox se encaminó al salón.

Jill estaba leyendo una revista. Al verle, se puso en pie de un salto.

—¿Qué noticias hay? —preguntó la joven ávidamente.

—Hemos encontrado al asesino —respondió él.

—¿De veras?

—Sí.

Jill cerró los ojos un segundo.

—Y pensar que hubo un día en que amé a Walter —dijo.

—Voy a preparar dos copas, Jill. ¿Le parece bien?

—Desde luego.

Fox se situó tras el mostrador, como la noche anterior. Sacó dos copas, las puso sobre la tabla y luego descorchó la botella.

Jill se encaramó en un taburete.

—Vamos, Jim, no me tenga sobre ascuas. ¿Qué ha dicho Walter?

El joven sonrió.

—Pues está muy bien. Cuando le vi esta mañana, tripulaba un tractor en la granja de los padres de su esposa.

—¿Se ha casado?

—Sí.

—¿Quién ha sido la estúpida que ha cargado con ese horrible monstruo? —preguntó Jill irritadamente.

—Felicia Sharrey. Y él no es ningún monstruo.

Jill abrió la boca de par en par.

—¿Qué tonterías dice, Jim?

—Ninguna —respondió el joven tranquilamente—. Todo este tiempo, Walter Braddalon estuvo en Europa. Su rostro no es el de antes, por supuesto, pero ya no inspira ningún horror.

—¿Se ha hecho la cirugía estética?

—Sí. Y, sin bromas, Jill, ha quedado muy bien. Ha perdido

bastante pelo a consecuencia de las quemaduras, pero como para guiar el tractor usa sombrero de paja, no se le nota.

—Y no le ha arrestado, supongo.

—No.

—¿Por qué?

Había un revólver detrás del mostrador, en uno de los aparadores interiores de las copas. Fox se lo echó al bolsillo.

—Porque a quien voy a arrestar es a usted, Jill.

Sobrevino una dramática pausa de silencio.

—Jim, ¿dónde ha estado bebiendo usted? —preguntó ella al cabo, con voz cortante.

—Aquí, en ninguna parte más, y apenas he probado el licor —Fox sacó el encendedor—. ¿Lo reconoce usted?

Los labios de la joven se juntaron repentinamente.

—¿De dónde lo ha sacado? —inquirió.

—Me lo llevé ayer, descuidadamente. Braddalon me dijo que era una microcámara, la misma que utilizó usted para fotografiarle sin que se diera cuenta, una vez que le hubieron quitado los vendajes. Fue a base de esa fotografía que le fabricaron en Nueva York una máscara idéntica al rostro abrasado de Braddalon. No, no me lo niegue; lo hemos comprobado telefónicamente y el que fabricó la máscara nos la describió a usted exactamente tal como es.

Jill permanecía con las facciones contraídas, completamente inmóviles. Únicamente su respiración denotaba que no era una estatua. Su pecho opulento, subía y bajaba agitadamente.

—¿Cuándo pensó empezar a cometer sus crímenes? —preguntó Fox.

—No contestaré —dijo ella al fin—. Aunque yo me haya fabricado la máscara, eso no prueba que fui la que cometió las tres muertes.

—Temo que ni el mejor abogado la saque del embrollo en que se ha metido por su ambición, Jill —manifestó Fox, meneando la cabeza—. Quizá fue en el momento en que Braddalon, movido por la cólera, pronunció sus imprudentes frases, cuando se le ocurrió la idea de cometer los crímenes. En realidad, ya lo había intentado, aserrando la barra de dirección del coche de su prometido. Usted entiende bastante de mecánica, ¿no?

—Repito que no hablaré —insistió Jill.

—Braddalon me dijo que, a fin de que usted no sospechase de sus intenciones, había puesto el negocio ya a su nombre… es decir, que no quería que pensara que se casaba con usted solo por su dinero. Pero estaba mal informada y su fortuna era mucho menor de lo que aparenta. En realidad, podía decirse que era pobre… en relación con sus ambiciones. Comparada conmigo, por ejemplo, es muy rica.

Una burlona sonrisa se formó en los labios de la joven.

—Siga, Jim; me estoy divirtiendo mucho.

—Usted encargó que le fabricaran la máscara. Era preciso hacer que todo el mundo creyera que Braddalon era el asesino. Pero no pudo actuar inmediatamente, primero porque Braddalon desapareció sin dejar rastro. Se fue a Europa y, además, temía ser objeto de otro atentado. Esto la desconcertó un poco, pero, al mismo tiempo, favoreció sus planes, porque Boulthom rehízo el negocio y se apoderó de él por medios poco limpios.

»Usted empleó el chantaje primero para apoderarse de parte del negocio. Después pensó que era llegada la hora de quedarse con todo. Son millones, Jill. Los mismos que usted necesita para vivir con holgura. No sería capaz de acomodarse a una vida no ya de pobreza, sino corriente. Y en cuanto hubo logrado sus propósitos, empezó a pensar en el crimen para quedarse con todo.

—Tiene usted una imaginación portentosa —alabó Jill irónicamente—. Siga, por favor.

—Recuerdo perfectamente el traje de noche que llevaba el día de la fiesta. Citó a Rances en el dormitorio y corrió a ponerse la máscara y ropas de hombre. Disparó contra él y le mató; era el que más sabía de los turbios manejos financieros de Boulthom y debía morir. Dalia Eberhand le sorprendió con la cámara, cosa que a usted, incluso, la beneficiaba, porque impresionó una placa. Tiró contra ella, pero no a dar, claro, sino solo para despistar. Saltó por la ventana y… Bueno, en la confusión que se organizó momentos después, no le fue difícil quitarse rápidamente las ropas de hombre y la máscara y correr al lugar del crimen. Debiera haberme fijado entonces en sus cabellos despeinados, usted, que acababa de llegar tarde por culpa del peluquero.

Los ojos de Jill le miraron con odio.

—Tengo dinero —intentó desesperadamente—. Más del que un simple oficial de policía puede reunir en el resto de sus días…

Implacable, Fox prosiguió:

—El siguiente en su lista mortífera era Boulthom. Le envió un supuesto anónimo. Luego, acompañado de Hollister, fue a visitarle a su casa, con el pretexto de pedirle dinero. Boulthom no había llegado aún y usted, cosa corriente, dijo que iba al baño. En realidad, lo que hizo fue colarse en el despacho y preparar la trampa de la granada de mano. Sabía que estallaría apenas Boulthom abriese el cajón, como así sucedió, en efecto. Por cierto, ¿de dónde sacó la granada?

—Hollister me la dio una vez como curiosidad. Había estado en el Ejército y se la trajo de recuerdo —confesó Jill ya abiertamente.

—Lo que no entiendo es por qué mató a su prometido.

Los labios de la joven se curvaron en una mueca de desprecio.

—Le propuse ser director de las empresas. Se negó. Era, en cierto modo, decente, y sabía que la contabilidad tenía muchos lunares. No quería hacerse cargo del negocio.

—¿Solo por eso le mató? —preguntó Fox asombrado.

—Si le dijese la verdad, se caería de espaldas —sonrió Jill.

—Hable —rogó él.

—Me había enamorado de usted.

El joven se quedó sin aliento.

Miró a Jill. Ella decía la verdad.

Se ruborizó. Jill era una mujer a la cual un asesinato no le importaba en absoluto, con tal de conseguir sus turbios propósitos.

—Lo siento —dijo, con un fuerte carraspeo.

—Tú te has enamorado de la periodista, ¿no? —habló ella, tuteándole de pronto.

—No lo sé todavía —confesó el joven.

—Sí, la quieres. Solo que no te has dado cuenta.

—¡Aguarde un momento! —exclamó Fox—. ¿Y el rifle de caza?

Jill sonrió.

—Una vez, Walter y yo fuimos a Oregón. Allí se permite cazar un oso por persona durante la temporada. Tiré bastante y adquirí una buena práctica.

—¿Y el silenciador?

—Sencillo. Dinero —respondió Jill significativamente.

—Y alquiló aquel apartamiento de tal modo que todo el mundo creyese que era Felicia Sharrey, que lo hacía a nombre de

Braddalon.

—Sí.

Hubo un momento de silencio.

—Pero no me cogerán —dijo Jill—. Me voy a escapar.

Fox empezó a salir del mostrador. Jill resultó más rápida y se lanzó hacia la puerta.

—¡Quieta, Jill! —gritó, apuntándole con su propio revólver.

Sin embargo, le repugnaba disparar contra una mujer. Jill abrió y se lanzó fuera, a la noche.

—¡Cuidado! —gritó una voz masculina.

Fox corría hacia la salida. Se oyeron unos terribles aullidos.

—¡Maldición! —juró el joven.

Llegó a la puerta. Jill chillaba frenéticamente.

Sus gritos de pavor se confundían con los ladridos de los perros. De pronto, se oyó un terrible estertor y los chillidos de la joven cesaron.

—Pero, ¿no habían atraillado de nuevo a los canes? —preguntó el joven exasperado.

—Sí —respondió uno de los policías—. Sin embargo, la inesperada salida de la mujer les enfureció y se soltaron, pese a nuestros esfuerzos.

Costó mucho apartar a los canes. Cuando Fox se arrodilló junto a Jill, vio que tenía la garganta destrozada por las dentelladas de los mastines.

* * *

Jim Fox aplastó el cigarrillo contra el cenicero y miró con expresión sonriente a Dalia.

—Y eso es todo. No me gusta mezclar las cosas del cielo con las humanas, pero parece como si la muerte de Jill fuese debida a un castigo divino.

Dalia asintió.

—Sí. Fue cruel y ambiciosa... una especie de Jezabel de los tiempos actuales.

—He hablado por teléfono con Braddalon —dijo él.

—¿Sí? ¿Qué ha dicho?

—No le agrada mucho, pero vendrá a poner en orden los negocios. Buscará un director ejecutivo honesto y se volverá a la

granja.

—Felicia y él han resultado los verdaderos gananciosos —sonrió Dalia.

—Nosotros también podríamos ganar algo, Dalia —sugirió el joven.

—¿Qué, Jim?

—Tal vez podríamos probarlo si estrechásemos más nuestras relaciones. Si no resulta...

Ella se ruborizó. Luego le miró y le dirigió una afectuosa sonrisa.

—Yo creo que resultará, Jim —dijo.

FIN



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

**PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas.** • Impreso en España - Printed in Spain